
1
BIBLIOTECA UNIVERSAL DE
MISTERIO Y
TERROR
ediciones UVE



Dirección y Selección:
José Antonio Valverde

EDICIONES UVE

1.ª Edición: 50.000 ejs. Mayo, 1981.
2.ª Edición: 30.000 ejs. Mayo, 1981.

© Edita: EDICIONES UVE, S. A.
Avda. Alfonso XIII, 118.
Teléfs. 413 54 94 y 413 55 43.
MADRID-16.

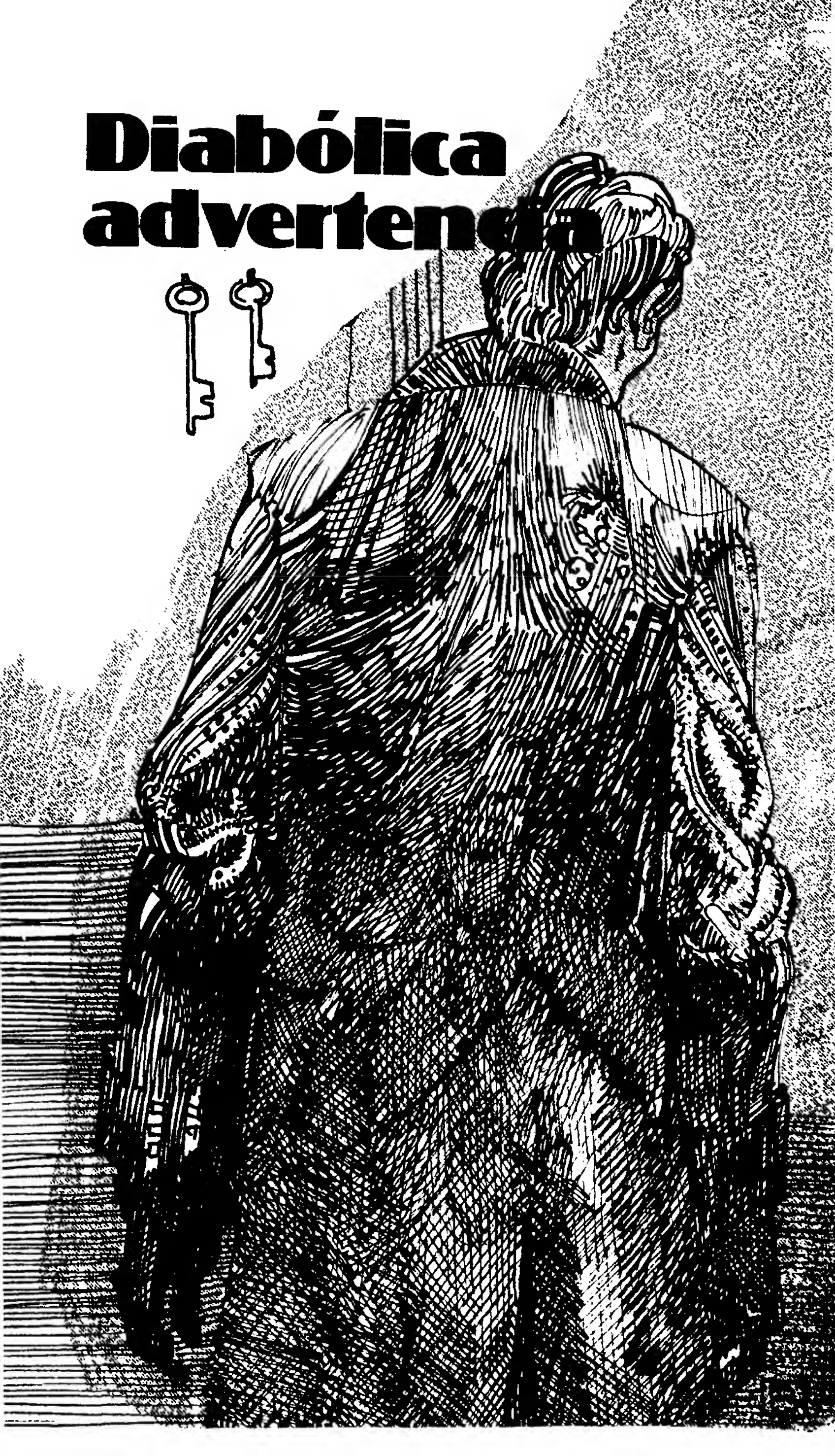
Director Editorial:
José Antonio Valverde.
Jefe de Redacción:
Luciano Valverde.
Ilustraciones:
Victoriano Briasco.
Diseño Gráfico:
Luis M. de Miguel y Paco Bravo.
Dpto. de Producción:
Santos Robles.
Asesores Especiales:
Pedro Montero y José León Cano.

Imprime: HEROES, S. A.
Torrelara, 8.—Madrid-16.

Depósito legal: M. 13.593-1981.
ISBN: 84-85609-73-5.
Distribuye: UVE Distribuciones.

Impreso en España - Printed in Spain.

SUMARIO

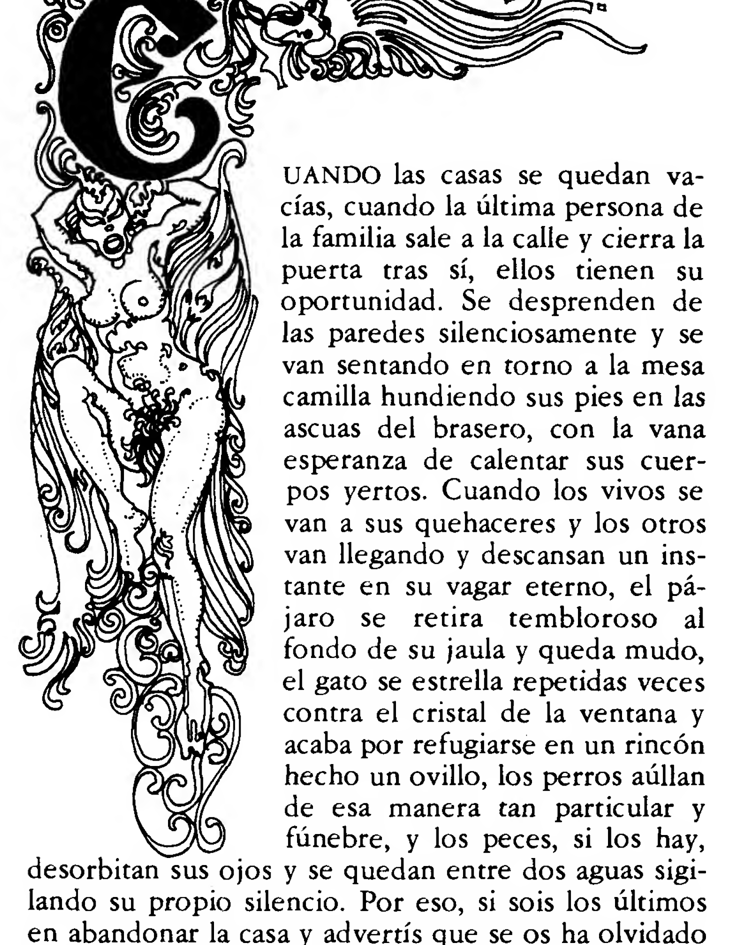

Diabólica
advertencia



Diabólica advertencia

Pedro Montero

Confiamos, humanos, en la gozosa protección de nuestras moradas. Pero... ¿tenemos memoria de quiénes habitaron en ellas? He abierto los ojos en la noche. Noto que ya no estoy solo en la habitación.



CUANDO las casas se quedan vacías, cuando la última persona de la familia sale a la calle y cierra la puerta tras sí, ellos tienen su oportunidad. Se desprenden de las paredes silenciosamente y se van sentando en torno a la mesa camilla hundiendo sus pies en las ascuas del brasero, con la vana esperanza de calentar sus cuerpos yertos. Cuando los vivos se van a sus quehaceres y los otros van llegando y descansan un instante en su vagar eterno, el pájaro se retira tembloroso al fondo de su jaula y queda mudo, el gato se estrella repetidas veces contra el cristal de la ventana y acaba por refugiarse en un rincón hecho un ovillo, los perros aúllan de esa manera tan particular y fúnebre, y los peces, si los hay, desorbitan sus ojos y se quedan entre dos aguas sigilando su propio silencio. Por eso, si sois los últimos en abandonar la casa y advertís que se os ha olvidado algo, haríais bien en no volver a entrar, pero si acaso las circunstancias os obligaran a hacerlo, introducid ruidosamente la llave en la cerradura, llamad al timbre, aunque sepáis que no hay nadie, y entrad sil-

bando. De lo contrario ellos podrían verse sorprendidos y vosotros seríais los únicos en sufrir las horrendas consecuencias por haber interrumpido tal género de reunión. Esta advertencia que acabo de hacer sólo reza para las casas antiguas, aquellas en las que ha fallecido más de una persona. Si ese es vuestro caso no seáis imprudentes. Obrad tal y como acabo de advertiros, y si es invierno dejad el brasero encendido. Cuesta tan poco ilusionar a los que ya están para siempre desilusionados... Encerrad al gato en una habitación y poned el capuchón a la jaula del pájaro y, si os es posible, circunstancialmente, dejad sobre la mesa camilla un recipiente con un poco de sangre.

* * *

David recogió los libros, los guardó en la carpeta de plástico y se puso el abrigo. Apagó la luz del comedor y a tientas avanzó por el pasillo hasta la puerta del piso. Recorriendo la pared con la mano dio con las llaves colgadas de un clavo próximo al marco. Todavía no había logrado acostumbrarse a este tipo de exploraciones en la oscuridad; uno nunca sabe con lo que puede toparse: una araña, un saltamontes perdido... o quizás otra mano que se aferra a la nuestra. Abrió la puerta y, dirigiéndose hacia el interior de la casa, gritó:

—¡Hasta luego!

Mientras echaba la llave pensó que la depedida había sido inútil. No quedaba nadie en el piso, pero había sentido la necesidad de decir adiós, quizás a los muebles, seguramente al perro, se dijo.

Mowgly corrió hacia la puerta y arañó repetidas veces la madera, aullando lastimeramente. Volvió sus acuosos ojos hacia el interior del piso y de una carrera se refugió en la cocina. Su cerebro irracional alcanzaba a comprender que a ellos no les interesaban los alimentos encerrados en aquel mueble alto, blanco y frío. Había que esconderse en el lugar más gélido posible. La situación ideal era la covacha hú-

meda encima de la cual se encontraban las pilas del fregadero; lo malo era que desde allí se veía parte del comedor y no había ni que pensar en cerrar la puerta: estaba bien sujeta con una cuña de madera en previsión de las corrientes. Levantó el hocico, olisqueando el aire, y vio al pájaro en su jaula en un rincón de la otra habitación. Flosy no había vuelto a cantar desde que ellos visitaban la casa; los trinos se quebraban en su diminuta garganta y sólo emitía un ronco silbido, cuyo eco desconcertaba al propio pájaro. Mowgly extendió las patas delanteras e hizo reposar su hocico sobre el suelo húmedo. Permaneció así durante un buen rato con la esperanza de que esta vez nada ocurriría, pero cuando iba quedándose medio dormido se oyó un aleteo en la jaula de Flosy, y una vibración que fue convirtiéndose en grave rumor comenzó a inundar la casa, acompañada de un zumbido que hacía temblar las paredes.

Cuando David regresó eran ya cerca de las doce. Lucas y él habían decidido quedarse a estudiar gran parte de la noche, lo que significaba más o menos hasta la una y media.

—Esta habitación está congelada —comentó David.

—Huele a humedad —señaló su compañero.

—Cuando no estoy no me gusta dejar el brasero encendido. ¡Mowgly! —llamó.

El perro salió de la cocina parsimoniosamente y con el rabo entre piernas. Sus grandes ojos se enrojecían en el lagrimal y le daban un aire de profunda tristeza. Al ver a su amo movió ligeramente el rabo, como por compromiso, y sin más ceremonias se acurrucó junto al brasero que David acababa de encender.

—No sé lo que le pasa a este perro —dijo David—; cada día está más mustio. Como esas plantas —añadió señalando unas macetas.

Flosy emitió un trino afónico.

—¡Greg! —remedó Lucas—. Eres un pájaro estúpido. —Y se sentó en una butaca.

—¡Oh, Dios mío! ¡Qué asco! —exclamó casi acto seguido, poniéndose en pie de un salto y señalando con el dedo el asiento—. ¡Gusanos!

¿Es broma? —preguntó David. Pero no lo era. Por el almohadón que servía de asiento al sillón se arrastraban tres o cuatro gusanos blancuzcos y gordos. Haciendo ascos, David tomó el cojín y fue a sacudirlo en el inodoro; luego tiró de la cadena con tal fuerza que estuvo a punto de desprenderla.

—Lo siento, chico —se excusó—. No me explico de dónde pueden haber salido.

—No importa; de la fruta, de las ramas de esos árboles...

Cerca de las tres menos cuarto los dos amigos se miraron, significándose mutuamente que tampoco era cosa de cometer excesos, y casi al unísono cerraron aparatosamente sus libros, proporcionando un susto suplementario a Flosy, que revoloteó dentro de su jaula.

David propuso a su compañero que se quedara a pasar la noche en el piso; de esta forma podrían levantarse un rato antes y repasar los temas más dicífiles. Lucas vaciló en principio, pero una ojeada a través de la ventana a la cruda noche invernal fue suficiente para que aceptara el ofrecimiento de su amigo.

—Puedes acostarte aquí —indicó David, abriendo una puerta—. Era el cuarto de la abuela.

La alcoba no tenía ventanas al exterior, y la única luz que recibía era la que se filtraba a través de los cristales esmerilados de la puerta que daba al comedor. La decoración era recargada, casi asfixiante. Pesados cortinones parecían albergar en su interior, a juzgar por sus pliegues y abultamientos, una raza de seres deformes. Un vetusto armario de luna ocupaba todo un lienzo de pared, y su inmenso espejo devolvía las imágenes desfiguradas y contrahechas. Sobre una mesilla y armario bajo podía verse toda una exhibición de estampas y cuadros de arte sacro, y al lado de las pinturas había una colección de palmatorias de cristal todavía con restos de cera. El conjunto

estaba presidido por una horrorosa y monumental reproducción de la Resurrección de Lázaro, de Van der Wyener, que colgaba de la pared frontera al lecho. Cristo, en una actitud hierática, ocupaba el centro de la pintura; a su derecha Marta y María, con el resto de los asistentes al prodigio, contemplaban con gesto de asombro el milagro narrado en el Nuevo Testamento. Toda la parte izquierda del lienzo estaba destinada al que volvía de entre los muertos. Lázaro, envuelto en un sudario y con el rostro cubierto por una palidez cadavérica, fijaba su profunda mirada no en el Maestro ni en sus familiares, sino en cualquiera que entrase en el dormitorio no importaba la posición que ocupara en la estancia.

A Lucas no pareció agradarle la idea de dormir bajo la mirada de un resucitado, pero no hizo ningún comentario.

—Todo está igual que como ella lo dejó al morir. En esta cama murió el abuelo, y a los pocos meses ella. Pero no te preocupes —dijo David sonriente—. He cambiado las sábanas.

—Está bien. Me muero de sueño —aseguró Lucas, deseando caer rápidamente en el más profundo de los sopores—. ¿Me llamarás?

David aseguró que así lo haría, y abandonó la habitación cerrando la puerta tras él.

Lucas comenzó a desnudarse de espaldas al cuadro; abrió la cama, cuyas sábanas aparecían inmaculadamente blancas, y se dispuso a entrar en el lecho. La mirada de Lázaro era ominosa. Sin duda se trataba de una ilusión óptica debida a la fatiga, pero le había parecido que la figura de Cristo había vuelto ligeramente la cabeza y le había mirado de soslayo.

Antes de apagar la luz advirtió que había algo debajo de la almohada que producía un abultamiento molesto. Un pijama, pensó. Tanteó bajo el cabezal y sus dedos tocaron algo frío y resbaladizo. No se trataba de una prenda de hombre, sino de un camisón; por lo menos así lo creía, aunque provisto también de una especie de capucha para la cabeza. La hechura de

la vestimenta tenía evidentes semejanzas con el sudario de Lázaro.

Hizo un lío con la prenda y la arrojó sobre una butaca, oprimiendo acto seguido la pera que remataba el cordón eléctrico. La habitación quedó a oscuras, pero al cabo de un momento, cuando los ojos de Lucas se fueron acomodando, observó que la oscuridad no era tal, por lo menos no absoluta. A través de la puerta acristalada penetraba un leve resplandor, que a su vez procedía de la ventana del comedor, con tal fatalidad, que la mayor parte de aquella luz incidía en el espejo, el cual la enviaba hasta la reproducción de Van del Wyener. La figura de Lázaro emergiendo del sepulcro adquiría, merced a aquella fantasmal iluminación, tonos de horripilante pesadilla. Sus ojos permanecían fijos en los de Lucas, y para colmo su mano derecha parecía salirse del cuadro, señalando algo blanquecino que yacía arrebujado sobre un sillón del dormitorio.

Lucas se durmió casi al instante y su sueño estuvo poblado de pesadillas. Vio cómo del sepulcro de Lázaro emergía toda una procesión de gentes con sus cuerpos horrendamente carcomidos por la putrefacción y los gusanos. Cristo volvía de vez en cuando la cabeza y le miraba como diciéndole: «¿Quieres ser de los míos?» Después, las santas mujeres Marta y María descendían del cuadro y, despojando a Lázaro de su sudario, cubrían con él a Lucas, que notaba por su cuerpo un hormigueo como de gusanos arrastrándose.

En cierto momento sintió sobre sus piernas una gran presión, como si alguien se sentase sobre ellas. Tan vívida fue la sensación que se despertó sudando. El cuarto estaba ahora a oscuras. La luna había cambiado de posición, y su luz, tamizada por los cristales de la puerta, ya no incidía en el espejo. Lucas no se atrevió a moverse. Sobre sus piernas continuaba notando el peso de algo que le impedía efectuar el menor desplazamiento. La opresión fue subiendo por todo su cuerpo que se aposentó en su pecho, presio-

nándole de tal forma que le impedía respirar. La sensación de ahogo fue aumentando hasta que se hizo insoportable. Lucas hizo acopio de todas sus fuerzas y, con el resto del aire que le quedaba en los pulmones, lanzó un espantoso alarido.

David abrió la puerta de la habitación y se quedó mirando a su compañero unos instantes.

—He... he debido... Ha sido una pesadilla. Lo siento. ¿Te he despertado?

—Ya estaba levantado —dijo David—. Son las ocho. ¿Has tenido frío? —preguntó a su amigo, y abandonó la habitación.

Lucas no comprendió el sentido de la pregunta hasta que hizo un esfuerzo para tirarse de la cama. Algo obstaculizaba sus movimientos, algo frío y resbaladizo. Lázaro parecía contemplarle ahora con una mirada más cálida. Lucas se vio reflejado en el espejo y advirtió que llevaba puesto aquella especie de sudario que la noche anterior encontrara bajo la almohada.

—A decir verdad la abuela estaba medio chiflada —explicó David mientras desayunaban—. Ella y su marido eran adeptos a una especie de remota religión que prometía la vida eterna, la resurrección o algo por el estilo. Al parecer la cosa viene de antiguo. Los abuelos de mis abuelos ya la practicaban, pero a ninguno le dio resultado por lo que se ve. Mi abuela se empeñó en hacerse un camisón como el sudario que viste Lázaro en ese cuadro y quiso que la enterráramos con él, pero mi madre no lo consintió. Creo recordar que el rostro de Jesús no es el del cuadro original; mi bisabuela fue describiéndoselo al copista y él lo pintó al dictado. Sabe Dios quién será. Cosas de locos; la familia de mi abuela lo daba de aquí —explicó David señalando su sien con el índice—. Todos están muertos y bien muertos.

Cuando los dos amigos abandonaron la casa, Flosy se acurrucó en un rincón de su jaula y escondió la cabeza bajo un ala. Mowgly huyó a la cocina y se co-

bijó debajo del fregadero. Una nube ocultó el sol de la mañana invernal y las flores de las plantas de geranio se cerraron como si se aproximara el crepúsculo.

Una especie de temblor subterráneo, un vibración de tonos graves fue invadiendo la casa desde el dormitorio de la abuela. El imperfecto espejo del armario no enviaba ahora ningún reflejo hacia el cuadro de Lázaro, pero el lienzo comenzó a desprender una extraña fosforescencia. La leve sonrisa de las santas mujeres pareció acentuarse. La aureola que rodeaba la cabeza del Maestro vibraba como un arco voltaico. La mirada de Lázaro se hizo más profunda y su palidez más intensa. La expresión de terror de algunos samaritanos asistentes al milagro aumentó considerablemente. De pronto todo el cuadro se animó. Las hermanas del resucitado se arrodillaban, maravilladas e incrédulas; los asistentes hacían gestos de asombro; Cristo volvía la cabeza y miraba misteriosamente de soslayo. Lázaro, tambaleándose como un remoto Frankenstein, avanzó vacilante y dejó paso a la procesión que emergía del sepulcro.

Todo un cortejo de cadáveres andantes, descarnados, putrefactos, agusanados comenzó a abandonar la sepultura y a caminar por la habitación. La abuela, la abuela de la abuela, el hijo fallecido en la infancia, el nieto muerto en las trincheras y horrendamente mutilado. Aquella fantasmal procesión se encaminaba hacia el comedor. Cristo seguía volviendo la cabeza y mirando sonriente. Cuando el sepulcro dejó de vomitar cadáveres todo volvió a inmovilizarse. En torno a la mesa camilla, silenciosos, horrendos, los familiares así resucitados constituyeron una espeluznante y muda tertulia intentando acercar sus descarnados pies al brasero que no estaba encendido.

Al salir del examen, David y Lucas intercambiaron impresiones. Ninguno de los dos se mostraba satisfecho, pero tratándose de un ejercicio parcial el previsible suspenso no tenía caracteres de catástrofe definitiva. Al menos éste fue el argumento que los dos

esgrimieron para consolarse. Lucas, no obstante, se abstuvo de confesar a David que lo que sí podía haber descrito perfectamente, con pelos y señales, era el cuadro del dormitorio de su casa. Cuantas veces había fijado sus ojos en el papel para intentar responder a una cuestión, tantas otras se le había aparecido la reproducción de Van del Wyener. Y los ojos de Lázaro se clavaban en los suyos.

Quedaron de acuerdo para continuar estudiando por la noche, pero Lucas se las arregló para dejar bien claro, sin ofender a su amigo, que, aunque terminaran muy tarde, se iría a dormir a su propia casa.

Cuando Lucas, después de haber cenado, llegó a casa de su compañero, el portero le entregó las llaves del piso y le comunicó que David se retrasaría un poco; había tenido que salir a unos asuntos.

Lucas dio las gracias al empleado y prefirió subir andando en lugar de tomar el asmático ascensor. Se detuvo un momento en la puerta intentando averiguar cuál de aquel manojo sería la llave del departamento. Probó dos de ellas, pero la primera ni siquiera entraba en la cerradura y la segunda no giraba más de un cuarto de vuelta. A la tercera intentona dio con la adecuada.

El pasillo estaba oscuro como boca de lobo. Mientras tanteaba la pared para buscar la llave de la luz se le pasó por la imaginación que Mowgly podía abalanzarse sobre él en cualquier momento tomándole por un ladrón. Supuso que el perro reconocería su voz y le llamó:

—Mowgly... —Su voz sonó extrañamente opaca en la oscuridad—. Mowgly, bonito —repitió, pero no obtuvo ninguna clase de respuesta.

Finalmente encontró el interruptor. El comedor estaba helado y olía más que nunca a humedad. Tuvo la sensación de que había interrumpido algo, como cuando alguien entra en una habitación y los presentes se callan porque estaban hablando del recién llegado. Encendió el brasero y depositó los libros sobre la mesa. Se sentó en una butaca y deseó fervientemente

mente que David llegara cuanto antes. Poco a poco la camilla se fue caldeando, y Lucas introdujo las piernas bajo las faldillas. Los antiguos tenían razón: no hay nada que sustituya a una mesa camilla para propiciar una reunión, se dijo, y al instante se arrepintió sin saber por qué de haber tenido aquel pensamiento.

Buscó al perro por toda la casa, pero no logró dar con él. No puede estar en el dormitorio de la abuela, reflexionó; la puerta está cerrada. Tuvo que reconocer, no obstante, que aquella habitación era la única que no había registrado. Abrió la puerta de cristales y, asomando la cabeza, susurró:

—Mowgly... —Algo brillaba en la oscuridad, pero para encender la luz era preciso atravesar la estancia hasta alcanzar la pera situada a la cabecera de la cama. Rígidamente, sin mirar a un lado ni a otro, se llegó hasta el interruptor y lo pulsó con crispación. Lo que brillaba a los pies del cuadro de la resurrección era la correa de paseo del perro.

Visto desde la base del lienzo, Lázaro parecía casi humano y no cesaba de mirarle. Lucas recogió la cadena y abandonó la habitación. Se sentó junto a la camilla, jugueteando con los eslabones metálicos y esperó. De pronto tuvo la sensación de que en la parte derecha del cuadro, junto a uno de los asistentes al prodigio, había visto dibujada la figura de un perro, cosa en la que antes no había reparado. Estuvo tentado de levantarse para comprobarlo, pero un cierto recelo le mantuvo al amor del brasero.

Calculó que se había quedado adormilado durante media hora. Un ruido que en principio le pareció procedente de la cerradura de la entrada le despertó. Pero no era todavía David. ¿Y el perro? ¿Se lo habría llevado con él?, se preguntó. No era probable a aquellas horas, y, además, sin la cadena. Durante su corto sueño había creído oír un aullido lejano, un aullido tristísimo y fúnebre como los lamentos que emiten los perros cuando presienten que alguien va a morir durante la noche.

Cerca ya de las doce se oyó el ruido de la llave girando dentro de la cerradura y entró David. Las luces del comedor estaban encendidas, y sobre la mesa había tres libros.

—¿Lucas?... —llamó, pero no obtuvo respuesta—. ¿Mowgly?...

Quizás Lucas se habría cansado de esperar y hubiera sacado al perro a dar un paseo por el barrio, pensó. Lanzó una maldición cuando notó que el brasero estaba encendido, aunque no lo desenchufó. Siempre estaba temiendo un incendio desde que leyó algo en un periódico sobre las personas que se ausentan dejando la calefacción individual encendida.

Entró en el cuarto de la abuela, pero también estaba vacío. Desde el cuadro, Lázaro le miraba de manera casi insolente, y el rostro de Cristo (estaba seguro aunque la figura no permitiera verlo bien) debía de mostrar una sonrisa de triunfo.

Pensó que lo más indicado era dar una vuelta por las calles de la vecindad y buscar a Lucas. Tomó el llavero, se puso el abrigo y salió del piso.

Apenas se oyó el portazo que indicaba la salida de David, un aullido lastimero procedente de la habitación de la abuela fue invadiendo todos los rincones del piso. El lienzo de Van del Wyener comenzó a emitir una extraña fosforescencia, como de fuego fatuo, y la angustiosa vibración que hacía retemblar los cristales se extendió por toda la vivienda. Los ojos de Lázaro parpadearon y clavaron en el Maestro una mirada de inteligencia. Varios de los asistentes al prodigio dieron un paso atrás y algunas santas mujeres se taparon sus ojos con las manos. Un olor fétido fue llenando la estancia cuando Lázaro puso el pie en el suelo.

Cuando se encontraba ya en la placita —después de transcurrido un largo rato— y sin haber localizado a Lucas, David se dio cuenta de que se había dejado el brasero encendido. Volvió sobre sus pasos, subió apresuradamente las escaleras y, ya en la puerta de su

casa, se detuvo jadeante. Del interior del piso llegaban murmullos como de conversaciones o de rezos, y a intervalos se oían aullidos lastimeros. Con toda precaución introdujo la llave en la cerradura y la hizo girar abriendo la puerta milímetro a milímetro y entró en casa, cerrando tras sí con las misma precauciones. El murmullo de rezos se hizo más intenso David avanzó lentamente por el oscuro pasillo hacia el comedor y cuando, desde lejos todavía, pudo vislumbrar un fragmento de la habitación, observó que Lucas estaba sentado en una de las butacas y, rodeándole, había una serie de personas. Avanzó un poco más, aspirando un olor insoportable y nauseabundo, y cuando estuvo lo suficientemente cerca para mirar sin ser visto, se quedó petrificado de espanto. Algo, un espectro, un cadáver medio corrompido era lo que él había tomado por su amigo, y sin duda aquello era inequívocamente Lucas. A su alrededor, buscando el calor del brasero con sus pies putrefactos, había media docena de seres igualmente repugnantes murmurando un bisbiseo de preces. Aquel espectáculo hizo que la sangre se helara en sus venas. Los pavorosos contertulios miraban al infinito y sus bocas desdentadas no cesaban de emitir extrañas jaculatorias. A los pies, si así pudieran llamarse, de uno de aquellos monstruos había algo que le pareció la figura de su perro. En aquel instante crujió una de las maderas del pasillo y la macabra asamblea interrumpió sus murmullos. Aquello que parecía ser Lucas levantó su repulsiva faz y clavó en David una terrible mirada. Una mirada mezcla de profunda tristeza, compasión y sombría bienvenida. David reunió las pocas fuerzas que le quedaban, y cuando ya parecía a punto de desmayarse, dio un grito de auxilio pidiendo ayuda a su fiel perro:

—¡¡Mowgly!! ¡¡A mí, Mowgly!! —exclamó.

El perro levantó la cabeza al oír su nombre. Sus vísceras colgaban como jirones a través de sus amarillentas costillas; en el lugar en donde debieran estar sus ojos sólo había dos cuencas vacías. Pese a todo lo

cual, el fiel Mowgly se incorporó e, iniciando una carrera, se aprestó a cumplir la orden de su amo. Corrió pasillo adelante, dio un gigantesco salto y hundió sus afilados colmillos en la garganta de David. En el cuadro de la alcoba el Maestro volvió ligeramente la cabeza y cruzaba una mirada de complicidad con Lázaro.

Al cabo del tiempo, en la casa abandonada, cada noche tenía lugar la misma representación del cuadro. Tres cuerpos lo habían aumentado: David, Lucas y el perro Mowgly. Pero nadie encendía el brasero...



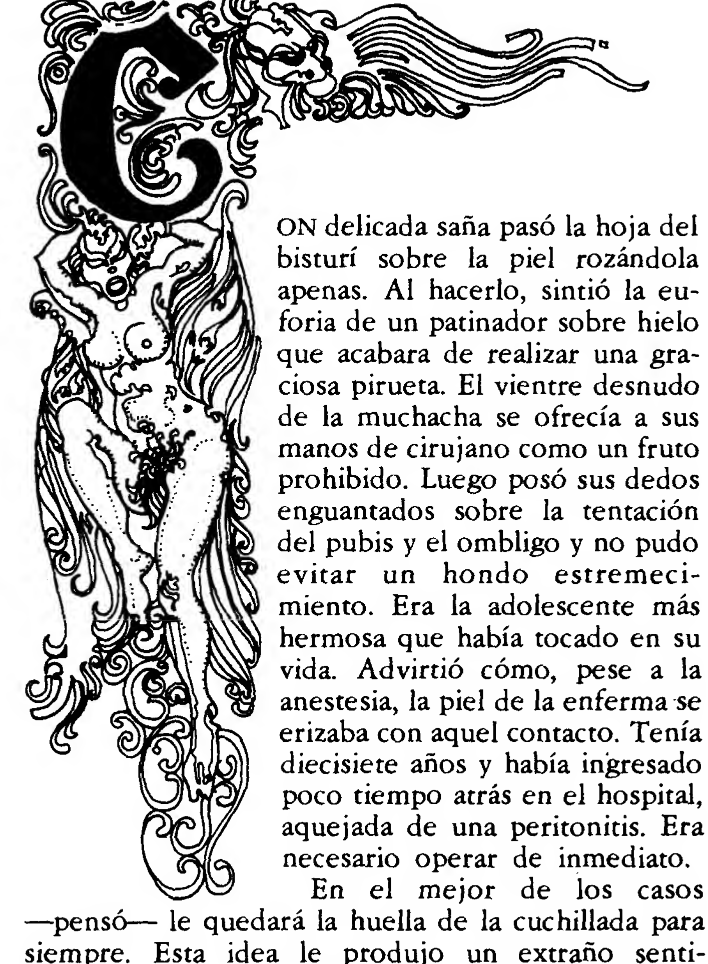


La operación

La operación

José León Cano

Todas aquellas almas mezquinas que nunca se atrevieron a la contemplación directa de la Belleza se encuentran inexorablemente arrastradas a la desesperación. ¿O es que acaso no es en extremo precario el equilibrio que las mantiene entre el deseo y la destrucción?... Por eso, la belleza de la muchacha turbaba a su verdugo tanto como le exasperaba la posibilidad de poseerla.



CON delicada saña pasó la hoja del bisturí sobre la piel rozándola apenas. Al hacerlo, sintió la euforia de un patinador sobre hielo que acabara de realizar una graciosa pirueta. El vientre desnudo de la muchacha se ofrecía a sus manos de cirujano como un fruto prohibido. Luego posó sus dedos enguantados sobre la tentación del pubis y el ombligo y no pudo evitar un hondo estremecimiento. Era la adolescente más hermosa que había tocado en su vida. Advirtió cómo, pese a la anestesia, la piel de la enferma se erizaba con aquel contacto. Tenía diecisiete años y había ingresado poco tiempo atrás en el hospital, aquejada de una peritonitis. Era necesario operar de inmediato.

En el mejor de los casos —pensó— le quedará la huella de la cuchillada para siempre. Esta idea le produjo un extraño sentimiento, en el que participaban por igual la compasión y la complacencia. Porque con el bisturí entre las manos se creyó un ser todopoderoso, capaz de otorgar la vida o la muerte a su capricho, y en este último caso, impunemente. Al fin hundió su instrumento en

el sitio preciso, y de la piel cortada comenzó a manar la sangre con una insistencia que a él casi le pareció gozosa. El espectáculo de la sangre caliente puso en funcionamiento un tortuoso mecanismo de su mente, cuyo resultado (si de sangre femenina se trataba) era una creciente satisfacción de carácter sexual. Observar su roja fluidez, sentir su tibia textura, apreciar su olor agridulce y penetrante, su curso lento y cada vez más viscoso le estimulaba hasta la excitación, compensándole su impotencia crónica, sublimándole el temible deseo de la cópula. Por eso —reconoció eufórico— se había hecho cirujano.

La mañana, sin embargo, era especialmente desagradable y triste. Como lo habían sido, en general, los cuarenta años de su vida. La soledad y el resentimiento se acumulaban en su pasado, como esas grisáceas brumas de otoño que intentaban traspasar los grandes ventanales del hospital. En compensación, deseó poseer de aquella chica algo más que el equívoco calor de la sangre: quiso experimentar el placer supremo de los sacerdotes aztecas ante la losa de los sacrificios. Proclamar, en su fuero interno, la realidad de un poder ilimitado.

La tentación del sacrificio fue acogida por su conciencia, al principio, con irónico distanciamiento. Pero la belleza de la muchacha le turbaba tanto como le exasperaba la imposibilidad de poseerla. Adivinó las apetecibles formas de sus muslos, sin duda desnudos y anhelantes bajo las sábanas. Deseó conocer su rostro y, suspendiendo su labor cisoria pero sin que su mano abandonara el bisturí, ordenó a una de las enfermeras que levantase la tela que lo cubría. El cabello rubio le caía, con abundancia casi impertinente, sobre la redonda tersura de los hombros. Le atrajo como una llamada imperiosa su boca entreabierta, de labios abultados y gesto sugerente. Sus pequeños senos quedaron igualmente al descubierto, palpitantes en el sincronismo de la respiración, en la dulce simetría de los pezones. Levantó uno de los párpados de la anestesiada y contempló la mirada ciega de un es-

pléndido ojo azulado, en cuyo iris se reflejó la adusta y ansiosa cara del oficiante. Aunque la presencia de las dos enfermeras le impedían besar esa boca, atraer hacia el suyo aquel cuerpo delicioso, cuyo vientre acababa de conocer la violación simbólica de su bisturí, advirtió, por la forma en que le miraban, que una y otra estaban sorprendidas ante su inusual forma de actuar. No tuvo más remedio, por tanto, que volver a centrar su atención en la incisión del vientre.

Introdujo sus dedos en la herida y profanó el secreto de los intestinos. Descubrió la raíz del mal y operó con impecable destreza, sajando, saturando y cosiendo donde era menester. Pero oprimió también determinado conducto venoso, cierta zona vulnerable donde se concentraba el fluido de la vida. Un rayo de maldad iluminó su mente, producido por la insania de un placer prohibido. Porque oprimir ese punto era como apretar el corazón de la muchacha. Sentía en las yemas de los dedos el ritmo de la sangre detenida como los golpes de un tambor, y la muchacha sufrió las primeras convulsiones.

—¡Rápido! ¡La mascarilla de oxígeno!

Sabía ahora lo que significaba ser dueño de una vida, tenerla enteramente a su merced. Imaginó la inmensa alegría del verdugo con el hacha levantada, segundos antes de descargar el golpe mortal. Pero se contuvo, tratando de prolongar lo más posible aquel placer terrible y desconocido. Mientras las enfermeras le obedecían con puntualidad, colocando los conductos del oxígeno sobre la boca de la paciente, aflojó la presión de su mano. Su propia audacia le asustó, y a la vez que una parte de su ser se compadecía de la muchacha, la otra estaba exultante por el triunfo de su poder: la anestesia era impotente para contener el horror de la respiración entrecortada, ansiosa, y un alarido animal se escapó de la garganta de la chica. Flotó la sombra de la muerte en el quirófano, invocada por los dedos asesinos del cirujano.

—¡Es el corazón, doctor Rand!

—¡El corazón...! Sí... ¡Más oxígeno! ¡Inyectar escopolamina!

Pero los dedos de su mano seguían acariciando el conducto peligroso, y de nuevo volvía a ejercer presión sobre él. Tanta, que la cara de la muchacha se contrajo, echando espuma por la boca, y un tinte amoratado cubrió sus mejillas... Las enfermeras vieron cómo se nublaban los ojos del doctor Rand, cómo dejaba asomar la punta de su lengua y cómo trataba de ocultar, en vano, un obsceno gesto de placer. Mientras, el cuerpo de la muchacha se estremecía, su respiración se agotaba cada vez más, y la inminencia de un final inevitable parecía reflejarse en la terrible lucidez de sus ojos, triunfante a duras penas de la anestesia. Irrumpió, de pronto, toda la fuerza de su juventud. Se incorporó en un supremo esfuerzo, cayendo al suelo la mascarilla de oxígeno, sin que los histéricos gestos de las enfermeras pudieran evitarlo. Pero la muerte segó su movimiento antes de que pudiera liberarse de aquella infame mano que oprimía sus entrañas. Cayó sobre la mesa de operaciones como un pelele, inundada de odio. Acto seguido, el semen fluyó y manchó los calzoncillos del doctor Rand.

El cuerpo sin vida de la muchacha componía una figura atroz mientras la sangre goteaba inexorablemente, manchando los ladrillos del suelo. Una última lágrima, producto tal vez de la desesperación póstuma, rodaba por su mejilla hasta sumirse en la magnificencia del cabello. Los brazos tensos, las manos agarrotadas, caían a ambos lados de la mesa, señalando en un imposible gesto acusatorio el charco de sangre cada vez mayor que se iba formando en el suelo. Los destrozos ocasionados en el vientre constituían un espectáculo nauseabundo, pues saltaba a la vista el pálido y complicado trenzado de las vísceras, el horrendo contraste de la incisión sanguinolenta en una piel que rezumaba delicadeza y seguía inspirando el deseo, a pesar de todo.

El doctor Rand contemplaba su macabra labor ató-

nito, como si le costara trabajo despertarse a la terrible realidad que había creado. Los ojos de la muchacha continuaban abiertos, y el horror que había sellado sus últimos momentos los seguían empujando fuera de las órbitas. «Si esos ojos pudieran volver a la vida y me miraran —pensó—, no podría soportarlo». Sintió asco de sí mismo, y al recordar su miserable acción no pudo evitar el vómito. Luego se puso a temblar, lloró sin proferir un solo gemido, y su camisa se empapó de un sudor viscoso y frío. En ese estado, ayudado por las dos enfermeras, logró salir del quirófano.

Regresó a su casa más temprano que de costumbre, agobiado por el peso de su conciencia, deseando dar cuanto le quedase de vida a cambio de poder borrar de su pasado lo sucedido por la mañana. Hay angustias que el ser humano no puede soportar sin perder la razón, pero el doctor Rand no temía tanto esa pérdida como la horrorosa prueba de verse a solas consigo mismo, en la soledad de su casa. Pese a lo cual había traspasado la puerta de su apartado chalet una hora antes de lo acostumbrado, harto de vagar con su culpa a cuestas por las heladas calles de la ciudad. Estaba dispuesto a tomar un fuerte somnífero, beberse media botella de whisky y meterse inmediatamente en la cama con la esperanza de perder el sentido y, con un poco de suerte, no volver a recuperarlo nunca.

El sol, agonizante y perdido entre las brumas, aún repartía un poco de luminosidad por el cielo. Envuelto en sombras, fundiéndose con las del interior, un viento helado penetró en su casa cuando el doctor Rand abrió la puerta. Pulsó el interruptor de la luz, pero las bombillas no se encendieron. «Tal vez el viento —pensó— ha derribado algún poste, y por eso se ha cortado el fluido eléctrico.» El viento, en efecto, comenzaba a ulular por los intersicios de las ventanas mal cerradas. Aceptó que el inconveniente de vivir casi en el campo, aislado de las muchedumbres urbanas, era precisamente que los fenómenos de

la naturaleza se percibían con mayor intensidad, y sus consecuencias se sufrían de una forma más directa e inmediata. Pero apenas si le molestó esta fastidiosa circunstancia, sumido como estaba en la densa atmósfera de la desesperación. «Mejor si no hay luz —se dijo—. Así no tendré la oportunidad de verme la cara cuando pase delante de un espejo.»

A tientas, sin molestarse siquiera en encender un fósforo, se acercó al bar y cogió la botella de whisky, dirigiéndose con ella hacia el dormitorio. Dejó la botella sobre la mesilla de noche, cogió el somnífero de uno de los cajones, se lo tomó y se desvistió a oscuras. Una vez en la cama descorchó la botella y bebió un largo trago que le quemó las entrañas. Pero continuó bebiendo con celeridad hasta más allá de donde se había propuesto, y esperó luego la benigna llegada de la inconsciencia.

Sin embargo, la acción del somnífero, combinada con la del alcohol, le produjo justamente un efecto contrario al esperado, puesto que una aguda y distorsionada lucidez se adueñó de su mente, y recordó con espantosa claridad todas las imágenes de lo sucedido por la mañana. Vio de nuevo el cuerpo retorcido y jadeante de la muchacha. El calor de sus entrañas le seguía quemando la mano, y las lágrimas brotaron inútil y abundantemente de sus ojos. Jamás se había sentido tan solo, tan deseoso de dar por terminada de una vez su miserable existencia.

El viento bramaba en los cristales, mientras la noche extendía por todas partes su negro poderío. El silencio comenzó a poblarse de susurros sigilosos, apenas audibles cuando el viento cesaba momentáneamente en su furia. Un calor nauseabundo, procedente del alcohol acumulado con exceso en el estómago, le anegó el cerebro, sin perder por ello la conciencia de sí, del mundo circundante y de los espantosos recuerdos de la mañana.

Creyó percibir cómo se abría lentamente, tal vez empujada por una mano invisible, la puerta de su dormitorio. Se incorporó sobresaltado, logrando re-

primir un grito. Dedujo, en plena oscuridad, que era eso lo que estaba ocurriendo, habida cuenta del gruñido característico de las bisagras, de ese ruido familiar que ahora, sin embargo, le tenía paralizado. El gruñido se estiraba despacio, muy despacio, como si la fuerza que intentaba abrir esa puerta encontrara dificultades en el empeño o careciera absolutamente de prisa. Una angustia intolerable parecía querer arrancarle el corazón, y éste se resistía bombeando desesperadamente, reproduciendo en su propio pecho la horrible cadencia de latidos que su mano había cercenado por la mañana.

«Será una corriente de aire —trató de engañarse—. Sin duda es eso. Las ventanas no encajan como debieran.»

Pero el lento chirriar de las bisagras era demasiado lento, demasiado persistente y prolongado como para atribuirlo a una causa tan inocente. De pronto, un pavor irresistible se apoderó de su respiración, suspendiéndola: estaba viendo los dedos de una mano fosforescente, pálida como el papel, empujar la puerta.

Y entonces ya no pudo reprimir el grito que pugnaba por escapársele de las entrañas desde hacía largos minutos. Durante un segundo, su cerebro chisporroteó, espoleado por el terror, con mil ideas contradictorias. Quería levantarse rápidamente y cerrar la puerta, antes de que se abriera por completo, dejando ver la figura que la empujaba; quería extender el brazo izquierdo y encender la luz de la mesilla de noche; quería esconderse debajo de la cama; quería el poder de atravesar las paredes y lograr escapar de esta forma; quería que su tamaño se redujese hasta el punto de hacerse inencontrable; quería... Pero lo cierto es que su cuerpo se negaba a obedecerle, que permanecía inmóvil sobre el lecho, que comunicaba a la cama las vibraciones de su temblor irreprimible, que su esfínter se había aflojado, que había desaparecido la tensión de la vejiga, y que el alma quería escapársele, aterrorizado, por todos los poros de su cuerpo.

La puerta, empujada por aquella mano inconcebible, continuaba lentamente su recorrido. El doctor Rand no veía otra cosa que el halo fosforescente de unos dedos acercándose cada vez más. Pero al fin la puerta se abrió del todo, y la figura abominable de una pesadilla se mostró a sus ojos. Algo como una leve gasa negra semiocultaba la increíble fosforescencia de un cuerpo femenino desnudo, apenas esbozado entre las sombras, que portaba en la mano izquierda un bisturí. Pero lo que más impresionó al hombre acurrucado sobre la cama eran los movimientos rígidos, casi automáticos, de esa figura hierática cuya palidez semejaba la de un cadáver; la expresión de un rostro enajenado cuyos ojos sonámbulos, carentes de iris, aparecían con los glóbulos limpios como los ojos de las estatuas griegas; la boca entreabierta, grotesca, de belfo caído y dientes puntiagudos, de cuyas comisuras brotaba un líquido espeso y rojizo; el cabello enmarañado, pastoso, cuyo color pajizo lo hacía semejante a una estopa.

Escuchó un sonido gutural, inarticulado, mientras la figura, ya traspuesta del todo la puerta, señalaba a su vientre con la mano derecha. El doctor Rand observó entonces la existencia de una cicatriz sanguinolenta, y el miedo congeló la médula de sus huesos. Incapaz de reaccionar fue testigo del lento avance de la figura, cuyo bisturí expandía un brillo siniestro. Algo cayó entonces sobre su cabeza, ocultándole la visión e impidiéndole todo movimiento. Los últimos resortes del instinto le hicieron gritar de nuevo, con la desesperación atenazándole la garganta. Sus gritos se transformaron en aullidos cuando sintió la presencia de un cuerpo aplastándose contra el suyo, de una respiración afanosa junto a su cara cubierta por la sábana que no le dejaba moverse, de unas manos que aferraban tenazmente sus muñecas. Pero sus aullidos no le impidieron escuchar una voz femenina, proferida con tranquila furia:

—¡Cerdo!

Luego sintió la espantosa caricia del bisturí aden-

trándose en su vientre. En vano trató de incorporarse para repeler la agresión. No se lo permitieron la sábana que le había echado encima y las manos que le sujetaban. De nuevo sintió el bisturí adentrándose cruelmente en las entrañas, y otra vez escuchó la vengativa voz:

—¡Cerdo! ¡cerdo! ¡cerdo!

El insulto resonó largamente en su cerebro agonizante hasta las puertas mismas de la muerte. Las atravesó con el cuerpo cubierto de una infame mezcla: la que formaban su sangre y sus defecaciones. Aceptó como parte del castigo el no llegar a conocer la identidad de sus ejecutores. Si su mente no hubiera estado tan alterada por el somnífero, el alcohol y el remordimiento, no le hubiera costado trabajo reconocer a las dos enfermeras que le habían asistido durante la operación.

El sarcófago de plata

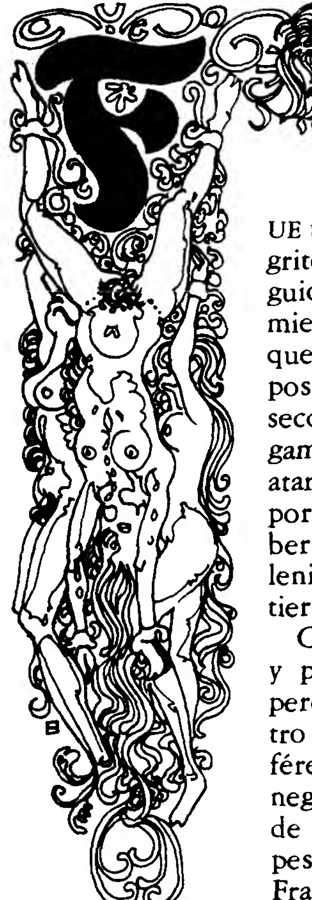




El sarcófago de plata

Roy Damm

Las figuras que aparecían en aquel sarcófago mostraban la fabulosa anatomía de lo inexistente... ¿Qué arqueólogo hubiese resistido a la tentación de profanar y desvelar su secreto milenario?



UE un alivio dejar de escuchar el grito hiriente de las poleas. Siguió un momento de silencio, mientras el enorme ataúd negro quedaba suspendido, y luego se posó en el suelo con un golpe seco y metálico que resonó largamente en el aire plácido del atardecer. La extraña caja vibraba por primera vez después de haber dormido, quizá durante milenios, en el oscuro vientre de la tierra.

Con la piel pegajosa de sudor y polvo, pero sin abandonar la perenne sonrisa oriental, los cuatro obreros que habían alzado el féretro se acercaron a la mole negruzca y carcomida, deseosos de conocer la naturaleza de su pesado contenido. Ivette y Jean François, los directores de la expedición arqueológica, participaban de idéntica curiosidad, aunque las motivaciones de su intriga fueran más complejas. Era insólito, en efecto, que semejante caja, bastante más voluminosa que un simple ataúd, pudiera haberse hallado entre las ruinas de un antiguo monasterio budista nepalí, enclavado en las primeras estribaciones de los Himalayas. Todo el

mundo sabía que en el país, desde tiempo inmemorial, no se enterraba a los cadáveres. O bien se les cremaba en las orillas del Pasu-Patinah, afluente del sagrado Ganges, o bien eran abandonados, algunas raras veces, en picos poco accesibles como piadosa ofrenda a la voracidad de hienas y buitres. Cuanto contuviera el extraño féretro podría calificarse, en el peor de los casos, de extraordinario.

Los científicos franceses se abrieron paso entre sus trabajadores. El tiempo se había mostrado poco respetuoso con la madera que recubría el presunto féretro, y aquí y allá aparecía el brillo opaco y metálico del interior. Unos cuantos golpes de su piqueta permitieron a Jean François deslabazar la envoltura de madera, y fue de esta forma como apareció lo que sin duda sería considerado —así pensaba el joven investigador— como el descubrimiento arqueológico más importante de los últimos decenios, tras el espectacular hallazgo de la tumba de Tutankamon.

No era para menos, a juzgar por el asombro que se reflejaba en los ojos de todos. Jean François calculó mentalmente las medidas: algo más de un metro de anchura, poco menos de cincuenta centímetros de altura, casi dos metros y medio de longitud. Pero lo excesivo de las dimensiones, desproporcionadas para contener un cadáver normal, no era el dato que causaba mayor impresión. Había que fijarse en los insólitos dibujos, en la extraña forma de los símbolos esculpidos en las superficies de plata —sin parangón posible con las culturas conocidas— para llegar a una primera e inadmisible conclusión: el objeto no daba la impresión de haber sido fabricado por manos humanas, sino que parecía haber llegado directamente desde un ámbito cultural ajeno a la tierra.

Semejante imposibilidad exacerbaba la imaginación de Jean François, y en vano trataba de hallar concomitancias con las formas artísticas que el ser humanc había desarrollado a través de los siglos. El arte Asirio-Babilónico, con el que acaso pudiera existir

alguna leve relación, había inventado animales fantásticos y formidables, aunque conjuntando en una sola figura elementos de distintas especies. Pero los «animales» que aparecían en aquel friso argentino mostraban la fabulosa anatomía de lo inexistente: brazos como raíces atormentadas, troncos espinosos y retorcidos, cabezas de ojos innumerables y extrañas aberturas longitudinales cuya función vital era imposible concebir. Sin duda era el producto de la imaginación de un perturbado o de un artista que había obtenido los elementos de su obra en las profundidades de una pesadilla cargada de angustia. Porque era ese sentimiento, el de una angustia intolerable, el que emanaba de las figuras del sarcófago.

Un símbolo se repetía con insistencia entre la presunta representación de aquellos seres vivos. Era un triángulo con el pico hacia abajo, en cuyo centro figuraba la imagen de una cabeza, ésta sí perfectamente humana, aunque con la rara particularidad de estar invertida. Ivette y Jean François tuvieron que girar las suyas hasta un ángulo excesivo para captar mejor los rasgos de ese rostro de boca y ojos desmesuradamente abiertos que el artista había representado con la lengua caída hacia abajo, en dirección a la nariz, como si quisiera resaltar con este rasgo que se trataba de la cabeza de un cadáver.

Pero los obreros, no animados por el espíritu científico de los arqueólogos, tampoco giraron sus cabezas para mejor captar las tantas veces grabada sobre la plata. Parecían conocer de sobra, a juzgar por sus expresiones de terror, el significado de ese símbolo. O, al menos, su intuición operaba de manera más natural y espontánea que la de ambos europeos, porque no tardaron en mirarse unos a otros con desconfianza y murmurar palabras que resultaron incomprensibles para Ivette y Jean François, a quienes pareció evidente, sin embargo, que el descubrimiento había puesto en funcionamiento los oscuros resortes de la superstición en sus, hasta entonces, sumisos y serviciales operarios.

Fue entonces cuando Ak Yuman, el capataz, se dirigió a los arqueólogos en un inglés entrecortado.

—Mis hombres tienen mucho miedo —dijo—. Esto no bueno. Mejor enterrar otra vez. Si no, marcharnos todos ahora. No bueno, no bueno...

En vano trató Jean François de tranquilizarles con argumentos que le parecieron cartesianamente irrebatibles. Nada había que temer de una obra de arte. Para los hombres de Europa era algo muy importante. Desentrañar los secretos del pasado era una labor meritoria, y deberían sentirse orgullosos de colaborar con ella. Tampoco obtuvieron resultado las amables súplicas de Ivette: a partir de ese día cobrarían el doble, y además cada uno de ellos recibiría, al finalizar los trabajos, el regalo de un valioso reloj automático, fabricado en Suiza. Pero ni siquiera promesa tan sugestiva logró detenerles, sino que recogieron sus pertrechos y cabalgaron en sus pequeños mulos, montaña abajo, hasta perderse en las primeras brumas del anochecer.

Ivette se mostró desolada por esta deserción, y hasta asomó en sus dulces ojos azules el mínimo temblor de una brisa miedosa. Pero Jean François no había insistido demasiado en retener a los obreros. Argumentó que si, como esperaba, el contenido del cofre o sarcófago era algo sumamente valioso, mejor sería que su apertura no contara con testigos «de visu». En cuanto a la necesaria aportación de los trabajadores, éstos eran innumerables en las aldeas del valle, y sin duda habría muchos dispuestos a olvidarse de sus supersticiones a cambio de una buena paga. Por lo demás, el campamento contaba con provisiones más que suficientes para que ambos aguantaran una quincena. Se felicitaba doblemente por la huida de los obreros, ya que eso les permitiría abrir el sarcófago sin despertar codicias, así como entregarse al amor con liberalidad, sin que fuera necesario estar pendientes de posibles desvelos en el inquieto sueño de los nativos.

Ivette pareció convencerse por las razones de su

compañero, a cuya voz confería el entusiasmo matices fulgurantes. Jean François la estrechó con fuerza y le participó alegremente su esperanza de que el sarcófago les haría famosos. Tal vez estaban a punto de descubrir un dato confirmador de ciertas leyendas, según las cuales una raza de superhombres o gigantes extranjeros había dejado la impronta de su cultura superior en aquellas remotas épocas en que el Oriente civilizado se despertaba. Realidad o leyenda, lo cierto era que la existencia de un sarcófago de dimensiones descomunales, en un país donde no existía la costumbre de enterrar a los muertos, era de una importancia objetiva extraordinaria, tanta que probablemente haría cambiar la perspectiva histórica en toda esta parte del planeta. Y, en cualquier caso, no sabía a qué estaban esperando para averiguar de una vez por todas su contenido.

«Se va haciendo de noche —objetó Ivette—, mejor sería abrir la caja mañana por la mañana.» «Si no fuera porque te conozco —se burló Jean François— diría que tienes miedo. No pensé que pudieras dejarte impresionar por el terror de esos campesinos». Ivette tuvo que reconocer su miedo, aunque dijo que lo superaría y lo calificó de irracional. Y para demostrar que las estructuras racionales de su mente tenían más fuerza que las oscuras imágenes del corazón, tomó una barra de hierro y se encaminó, precediendo a su compañero, hacia el lugar donde reposaba la extraña mole de plata.

Jean François la siguió provisto de una potente linterna que proyectaba una larga sombra ante el cuerpo de Ivette. Los vientos de septiembre, tras las lluvias del monzón, había dejado limpia la noche, lo que permitía que las estrellas brillasen con particular dureza. Los apagados murmullos de la vida procedentes de la fertilidad del valle que se abría a sus pies paliaban apenas la rocosa desolación de aquel lugar tan poco amable, elegido por la severidad de antiguos monjes budistas para erigir su monasterio. Las ruinas desenterradas de aquellas viejas edificaciones no eran

sino masas informes y sombrías, como animales agazapados en la oscuridad, que la superstición de los campesinos parecía haber insuflado, a los temerosos ojos de Ivette, de un hálito terrorífico. Un estremecimiento recorrió la espalda de la investigadora cuando, después de haber visto el brillo que el féretro plateado reflejaba a la luz de la linterna, en el centro de aquel amontonamiento de sombras, creyó descubrir el súbito destello de una figura animada tras la mole de plata. Por un momento, su corazón quiso saltar del pecho, pero nada dijo porque creyó haberse representado una fantasía miedosa y siguió avanzando, reprimiendo los deseos de buscar cobijo en los brazos de Jean François.

Al fin llegaron ambos al pie de la fosa. El silencio se condensaba alrededor del féretro, cuyas figuras parecían gesticular con horribles muecas obedeciendo a los movimientos de la linterna. Jean François se la entregó a su compañera, pidiéndole a cambio la barra de hierro. Ivette iluminaba directamente sobre la juntura de la tapa y Jean François trató de introducir en ella la punta de aquel duro y alargado instrumento. Pero el hermetismo de la caja oponía grandes resistencias, tantas que por la mente de Jean François cruzó la inaceptable idea de que dentro de ella se había creado el vacío.

Ivette observaba con creciente inquietud los movimientos del arqueólogo, mientras experimentaba la penosa impresión de que alguien la miraba fijamente a sus espaldas. A nadie vio cuando impulsivamente se dio la vuelta. Jean François, mientras tanto, redoblaba sus esfuerzos sin obtener resultado. Jadeaba sin cesar y gruesos goterones le perlaban la frente, pero la tapa no ofrecía punto alguno desde donde vencer su milenaria virginidad.

Al fin descargó un golpe rabioso y el milagro se produjo. La resistencia de la tapa fue levemente vencida cerca de un ángulo, y Jean François pudo accionar la barra a modo de palanca, de tal manera que la tapa se abrió por completo. Creyeron oír entonces

una especie de susurro o gemido prolongado, que cabría atribuir a la entrada del aire en el interior de la caja, pero a Ivette se le heló la sangre al escucharlo: tal era la similitud del raro fenómeno acústico con la voz humana.

La exaltada imaginación de Ivette creyó percibir un hálito infecto, la sombra de una sombra desplazándose por el aire desde el nicho abierto. Pero nada dijo a su compañero, pese a que una creciente repulsión le impedía mirar el interior del sarcófago. Jean François la vio con los ojos extraviados, quieta como una estatua a no ser por el creciente temblor de la mano que sostenía la linterna y que se comunicaba a la luz que despedía. Pese a lo cual pudo Jean François contemplar el interior del cofre: no había nada.

Sólo una superficie plateada, brillante, que parecía haber sido acabada de pulir.

El descubrimiento les dejó estupefactos, pero la vacuidad del interior del cofre provocó en Yvette un suspiro de alivio... Jean François, por su parte, sintió sobre sus espaldas todo el peso de la desilusión. Podía haber esperado cualquier cosa menos eso. Su cerebro se convirtió en un semillero de preguntas sin respuesta posible. ¿Quién, cuándo, con qué finalidad había enterrado un sarcófago vacío? ¿Qué significaban los dibujos? ¿Por qué habían huido los campesinos?

—No lo entiendo... No lo entiendo...

—No hay nada que entender, Jean François. Las cosas son como son, nada más.

El destino se complacía en jugar con ellos un extraño juego, pero ambos ignoraban las reglas y el propósito del mismo. El fantasma del abatimiento se cernió sobre sus cabezas. Nada exasperaba tanto a Jean François como el esfuerzo inútil. Aunque, bien pensado, no había sido tan inútil, ya que el descubrimiento del féretro poseía un valor en sí mismo, pese a estar vacío. Así se lo comunicó a Ivette, y de ésta obtuvo la siguiente respuesta:

—Del féretro no sabemos nada, pero eso mismo es lo que le da importancia. Tanta, que lo mejor sería suspender de momento las excavaciones. Ya llevamos mucho tiempo aquí, y en París el otoño es delicioso.

Le pareció que un eco burlón repetía, con voz distinta a la suya, sus mismas palabras. Pero de nuevo se guardó de expresar sus absurdos temores. En vez de ello, se aferró a la cintura de Jean François, buscando en ella refugio frente a las tinieblas de una noche en la que parecían reproducirse los terrores de su infancia. Al fin dijo:

—Lo siento. Sé que debería sobreponerme, pero tengo miedo. No me preguntes de qué, porque no lo sé. Pero preferiría pasar la noche en un poblado del valle. Al fin y al cabo, nadie va a venir a robarnos el féretro.

—No estoy tan seguro...

—Por favor, Jean François, vámonos de aquí. Podemos regresar mañana, de día.

—Tengo una hermosa pistola, Ivette. Y pensaba que mi presencia todavía te inspiraba alguna confianza.

No insistió Ivette, y al fin entraron en la espaciosa tienda de campaña. Una vez allí, acogida por la familiaridad del recinto, sus temores comenzaron a disiparse, y le pidió perdón por ellos a Jean François.

—Está bien, Ivette. Es natural un poco de nerviosismo después de todo lo que ha pasado. Mañana veremos las cosas más claras. Y ahora, lo mejor que podemos hacer es dormir.

Cada cual buscó el descanso en su camastro, y Jean François apagó el quinqué que separaba ambos lechos. No tardó Ivette en advertir, por la afanosa respiración de su compañero, que éste acababa de dormirse.

Con los nervios de punta y atenta al menor ruido, Ivette tardó bastante en conciliar el sueño, y cuando al fin llegó, rozó apenas sus sienes, visitándola sólo unos momentos. Porque escuchó un ruido sutil en la

puerta de la tienda y sus párpados se alzaron de inmediato, como impulsados por sendos resortes.

El miedo cedió a la sorpresa; ésta a la estupefacción y, tras el asombro, le invadió una oleada de embeleso. Un cúmulo de emociones contradictorias se sucedió en unos pocos segundos. La figura que había levantado la lona y entrado en la tienda fue gratamente reconocida por Ivette. Parecía tratarse de Rama, un muchacho de dieciséis años que había trabajado en las excavaciones y con el que, a espaldas de Jean François, intercambió miradas de lujuria. Los intensos ojos negros del adolescente, su torso oscuro y firme, brillante bajo el sol, la negra y rizosa abundancia de su cabello, le habían inspirado sentimientos inconfesables. Recordó cuando, como por descuido, se rozaron sus hombros y un agudo estremecimiento surgió, fogoso, de su bajo vientre. Varias veces había copulado con él en sueños. Aunque el adolescente que ahora la miraba sonriente desde la puerta, llevándose el índice a los labios con gesto cómplice, estaba transfigurado. Parecía, en efecto, Rama. Pero un Rama tal vez más alto, en el que se había acentuado la salvaje belleza de sus rasgos. Un Rama cuya piel, levemente iluminada, se diría que casi fosforescente, la inicitaba con rara vehemencia... Pensó Ivette que el muchacho, en quien adivinaba el fervor del deseo, había aprovechado la ausencia de sus compañeros de trabajo esa noche, en el campamento, para llevar a cabo su golpe de audacia.

A su lado, Jean François dormía como un leño. Ivette sintió, en presencia del adolescente, que le abandonaba el sentido común. Y no despertó a su compañero. La tensión nerviosa que antes había sufrido se convirtió en una sensación de euforia obnubiladora, y un deseo de intensidad hasta entonces no conocida se abrió paso en sus entrañas. La figura de la puerta, mientras tanto, le hizo gestos de que le siguiera y abandonó la tienda.

Ivette se levantó de la cama con sigilo, procurando no hacer ruido. Afuera, el firmamento la saludó con

multitud de gritos luminosos. Se encontró con el pecho terso y flexible de quien parecía Rama, y ambos se fundieron en un primer abrazo, sin necesidad de intercalar palabra alguna. Comprobó entre sus muslos la erección del sexo del muchacho, apenas cubierto por un taparrabos. Sobre los hombros desnudos de la figura pendía una especie de manta negra. Sintió en la lengua la tibia morbidez de aquellos labios tan secretamente deseados, y sus pechos fueron acariciados con exquisita sabiduría. A partir de entonces renunció por completo a la lucidez, y aferrada al talle de su silencioso acompañante, se dejó conducir hacia donde él quisiera.

Un oscuro sentimiento, pronto acallado, pugnó sin embargo por rebelarse cuando comprobó que la figura se encaminaba al féretro de plata, sin duda con la intención de convertirlo en tálamo. Pero fue más intensa que ese sentimiento la fascinación suscitada por la rara belleza del adolescente, quien caminaba suave, grácilmente, como si sus pies no llegaran a tocar el suelo. Fue el efecto de esa fascinación lo que hizo que Ivette mirara el temido féretro con ojos nuevos, hasta llegar a parecerle un deslumbrante lecho nupcial.

La figura desnudó su espalda de la manta negra, y los ojos de Ivette admiraron, codiciosos, la perfección de un cuerpo que pronto iba a ser suyo. Acto seguido, con la elegancia de un felino, extendió la manta sobre la pulida superficie interior del féretro y se introdujo en él, esperándola. El deseo hizo que a Ivette le parecieran volcanes diminutos todos los poros de su piel, y se liberó de su escasa ropa con gozosa satisfacción. Sus pechos, enhiestos, provocaban oleadas de lujuria en el aire de la noche, e Ivette sintió como si manos invisibles los acariciasen mientras se dirigía al interior del ataúd. Pero eran las caricias de quien parecía Rama las que deseaba Ivette.

Encontró el calor de su cuerpo en el fondo del féretro, sobre la manta negra. Vivió un instante de placer intensísimo, mientras aquel ser ahora claramente

fosforescente la estrechaba más y más en sus brazos. Sonámbula de placer, apenas percibió la dureza de unas uñas que se clavaban en su espalda, pero ya en las inmediaciones del orgasmo escuchó sus propios jadeos resonantes en el metálico recinto, mientras su amante parecía no respirar. Levantó la cabeza un momento y contempló su rostro: ya no tenía frente a sí los dulces rasgos de Rama. El ardor de su sangre se hundió en un horror helado, como las mismas superficies metálicas del féretro, y la espantosa lucidez que le proporcionó su visión se disgregó en un grito prolongado y cortante, largamente repetido por el eco de las montañas.

Porque Ivette —entonces se dio cuenta— estaba siendo poseída por un ser abominable, sarmentoso, de manos como garfios, cuyos innumerables ojos, encendidos por una abyecta maldad, le recordaron los de aquellos seres ominosos que la locura de un artista extravagante había esculpido en las paredes del sarcófago.

Volvió a gritar de nuevo, ya sin esperanza, antes de que el pegajoso horror que la poseía acallara definitivamente los latidos de su corazón.

Cuando Jean François, despertado por los gritos, acudió al sarcófago, vio el cuerpo desnudo y sin vida de Ivette. Diez hililllos de sangre surcaban su espalda. Por su boca manaba igualmente la sangre de su lengua mordida. Sus ojos, desmesuradamente abiertos, parecían seguir contemplando, más allá de la muerte, las imágenes de un horror sin límites.

Entonces supo por qué habían huido los campesinos, por qué los monjes budistas tuvieron la absurda ocurrencia de enterrar un ataúd aparentemente vacío. Lo comprendió todo.

Pero ya era demasiado tarde.




Un patio

Un pacto tenebroso

V. Rodríguez de Ayala

A todos aquellos que se sienten atraídos por jugar a extraños conjuros, a todos los que disfrutan y hasta se mofan de un exhorto, o de las posibilidades de un pacto satánico, habría que decirles que las fuerzas ocultas nos envuelven, que seres de un mundo ajeno al nuestro se encuentran al acecho...



HAN transcurrido muchos años desde aquello. Apenas ya si me acuerdo de los detalles que lo envolvieron. Y ahora ustedes me obligan a contárselo... ¿Por qué me obligan a hacerlo? Yo prefiero no recordarlo: ha pasado ya tanto tiempo...

Las tardes se me hacen más breves ahora. Me dejan salir al jardín y allí, al menos, pues me distraigo. Me gusta seguir el silbido que deja el viento a su paso, como me gusta detenerme ante el arrullo que proviene de las copas de los árboles. Ya casi los distingo por ese leve rumor que llega de todo el patio. A veces presiento que justo hasta mis pies se acercan algunas palomas y tengo entonces la tentación de tomarlas en mis manos, pero luego escucho su brusco aleteo, casi asustadizo, y yo me quedo turbado.

¿Pero por qué me obligan a contarles aquello? Yo jamás se lo he contado a ellos tampoco... Nunca se lo había contado a nadie y nunca pensaba hacerlo. Ellos estuvieron hurgándome en la cabeza, y muy hondo. Querían saber si yo estaba loco. Eso es lo que que-

rían saber ellos: si yo estaba loco. Pero no les di ocasión de comprobarlo, porque nunca les hablé de aquello. Ji, ji, ji, y se van a quedar con las ganas de conocerlo...

Entonces éramos jóvenes, muy jóvenes. Y yo veía. Y también andaba. Yo corría más que Dot y siempre presumía de ello. A él no le irritaba demasiado, pero sé que en ocasiones le dolía reconocerlo... Porque Dot era más fuerte que yo, más corpulento. Y además él hacía extraños ejercicios para mantenerse en forma permanentemente.

Dot y yo habíamos vivido juntos en un viejo apartamento del Soho de Londres, cuando el Soho era un barrio alegre y bullicioso, cuando las puertas de los pubs y los establecimientos no se cerraban en toda la noche, ni se apagaban las luces hasta que el sol del día siguiente nos picaba en los ojos.

Ibamos a ser amigos eternos. Allí habíamos compartido de todo: penas, muchas alegrías, ilusiones, hambre y penuria y también muchas noches de entusiasmo, de sueños y de proyectos. Pero Dot no era un tipo sumamente alegre, como yo lo he sido. Muchas veces tenía que arrastrarle yo a la juerga, llenándole el apartamento de otros amigos y de mucho ruido. A Dot le entretenían más sus sesiones de espiritismo: siempre le gustó aquello. A mí, a veces, hasta llegaba a asustarme cuando invocaba y yo advertía que llegaba al trance, siendo siempre testigo mudo. La verdad es que nunca ocurrió nada que hoy pueda parecerme extraño.

Pero me acuerdo bien del día que tuvimos que despedirnos. Nuestros estudios, por fin, habían concluido. Y entonces teníamos que abandonarnos, con todo el dolor que suponía aquello. Cada uno de nosotros regresaba al punto de donde procedíamos. Pero lo hicimos controlando nuestro dolor, brindando, haciéndonos promesas de amigo; para no separarnos nunca, para poder encontrarnos siempre en cualquier sitio...

—Tienes que prometerme esto como jamás en tu

vida algo más has prometido —me dijo de pronto, en un tono muy trascendente.

Y yo, que había bebido ya mucho whisky, y que cuando Dot adquiría aquel tono no podía reprimir la risa, quizás porque sabía que le dañaba en lo más íntimo, sin dejar de reír, y sin saber de qué se trataba, le dije que sí, claro que sí, cómo no iba a prometérselo.

—Te advierto que se trata de una promesa muy seria... —acabó diciéndome sin renunciar a aquel tono, que me parecía casi perverso.

—Te prometo lo que tú desees, Dot; te lo prometo.

Y nos comprometimos en aquel juego. Renunciando luego a mis ansias de juerga, tuve que decirle muy seriamente que sí, que me comprometía por mi vida que al morir, estuviera donde estuviese, yo iría a avisarle, a decírselo.

Y él, dotando a su juramento de un cierto misterio en una extraña ceremonia, ante la que tuve que hacer ímprobos esfuerzos para no estallar de risa, me prometió lo mismo: si él moría antes que yo, estuviera donde estuviese, acudiría a comunicármelo. Naturalmente, nunca me atreví a decirle a Dot que aquello tan sólo me parecía una broma, o un simple juego de adolescentes cuando únicamente persiguen trascender a la amistad, que fatalmente siempre perece. Porque la verdad es que Dot y yo no volvimos a vernos.

El encuentro fue mucho después, cuando habían transcurrido ya varios años. Dot era para mí tan sólo un viejo recuerdo, un recuerdo de la juventud. Ni siquiera sabía qué había hecho de su profesión, ni en qué lugar del país vivía, ni qué postura política había adoptado, él que siempre había sido un crítico radical y aventajado en las aulas de la universidad.

No sé por qué me obligan hoy a contarles todo esto. Me había jurado yo mismo no hacerlo jamás: me lo había jurado. Y, sin embargo..., estoy sintiendo como un cierto alivio, porque alguien quiere saberlo

todo, no con afán de despiezar mi cerebro, sino por conocer a fondo lo que tanto me tortura y me sigue atormentando.

Yo vivía en un gran caserón al este de Londres, donde tenía instalado también mi despacho. Confieso que era sumamente feliz por aquel entonces. Una noche de otoño, entre las tres y las cuatro de la madrugada, cuando mi mujer y yo estábamos en el sueño más profundo, me pareció percibir al final del pasillo unos golpes que procedían de la puerta. Pero quise pensar que tan sólo eran producto del sueño. Los mismos golpes, más persistentes, volvieron a sonar en la puerta. Entonces fue mi mujer quien me preguntó si no los había oído.

—Sí, he oído unos golpes; pero si es alguien que viene a estas horas, me imagino que usará el timbre, como todo el mundo...

Sin embargo, al poco volvieron a sonar los mismos golpes que habíamos escuchado al principio. Y aunque no estaba dispuesto a seguir prestando atención a aquellos intempestivos ruidos, los mismos golpes seguían intermitentemente insistiendo.

—Will —me dijo mi mujer, sobrecogida—, te aseguro que están llamando... Ve a ver quién puede ser.

Me tiré de la cama de un salto. Aquellos golpes tan insistentes, efectivamente, también me habían crispado. Antes de llegarme hasta la puerta quise cerciorarme de si los niños seguían durmiendo. Me alegró que gozaran de aquel profundo sueño. Luego, procurando hacer algún ruido con mis pasos, me acerqué hasta la puerta y sin poder evitar una extraña vibración en mi voz pregunté antes de abrir los cerrojos:

—¿Quién es?... ¿Quién llama a estas horas?

Nadie me respondió; pero volvieron a sonar los golpes de nuevo...

No me atrevía tampoco a levantar la mirilla: siempre he sentido gran precaución por ello. Volví a preguntar, ahora más angustiado:

—¿Quién está ahí? ¿Quién llama?

Y siguió el silencio como respuesta. ¿Quién podía ser que no quisiera utilizar el timbre, que no tuviera voz para responderme?... Seguramente algún vagabundo desfallecido, pero fuera quien fuese no podía negarle mi auxilio. Y los golpes volvieron a sonar de nuevo... Mis manos no atinaron bien con los cerrojos. Tuve que recomponer mi figura, armarme de valor; estaba dispuesto a todo cuando descorrí el segundo cerrojo. Y nada más entreabrir la puerta, allí, en la penumbra... advertí sus ojos. Envejecido, pero era él mismo: Dot.

—¡Dot, muchacho, qué alegría! ¿Qué haces ahí?... Pasa de una vez.

Le encontré pálido, demacrado, terriblemente flaco, inexpresivo. Pero la sangre volvió a circular relajadamente por todos los conductos de mi cuerpo. Y Dot sin inmutarse siquiera. Yo quería demostrarle mi alegría al verle de nuevo, después de tantos años; pero no me atreví a abrazarle.

Atropelladamente, le preguntaba, sin dejarle ninguna posibilidad de respiro:

—¿De dónde vienes a estas horas, muchacho? ¿Cómo no me avisaste que llegabas?... Te hubiera esperado...

Pero pese a mi alegría y a todos mis esfuerzos, su semblante me seguía resultando extraño, macilento, casi cadavérico... ¿Tan mal podía haberle ido durante aquellos años que habían transcurrido?...

—Sólo vengo a cumplir mi promesa, Will —me espetó de una manera siniestra, para añadir tras una pausa—: He muerto... y vengo a comunicártelo.

Quizás aquella visión no durase entonces más de unos segundos. ¿Podía dar crédito a aquello?... Fue como si mi espalda recibiera toda ella la punzante mordedura de un puñal de hielo. Y luego una sensación de espanto y de desconsuelo. Quise cerciorarme de todo y me encontré solo, absolutamente solo, en el pasillo. Dot ya no estaba allí dentro: inexplicablemente había desaparecido. Pero yo le había visto. Puedo asegurar que le había visto, que hubiera po-

dido tocarle incluso... Porque había entrado por mi puerta, cuando yo descorrí los cerrojos.

Abrí de nuevo la puerta, salí hasta el rellano y miré por las escaleras... Le llamé por su nombre. Nada: ni el menor rastro de Dot. La mano de mi mujer se posó sobre mi espalda y no pude evitar un brusco sobresalto, al que ella respondió preguntando, con un miedo espantoso reflejado en su rostro, que quién había venido.

—¡Nadie!

Yo mismo tuve que repetirlo por dos veces para ser consciente de lo que estaba diciendo:

—Nadie, nadie ha venido.

Pero ella insitía en que yo había estado hablando con alguien. Y tuve que negárselo reiteradamente, aunque siguiera absorto. Ni por un momento se asomó a mi imaginación el deseo de tansmitir a mi mujer lo que había sucedido. ¿Cómo podía entenderlo?...

Durante toda la mañana estuve haciendo esfuerzos ímprobos por localizar en algún sitio, por lejano que fuese, a mi amigo Dot. Pero no podía dar con su pista. ¿Dónde diablos estaría metido?... ¿Dónde habría estado viviendo durante todo aquel tiempo?... Pese a haberlo intentado todo, no hallé el menor rastro.

Cuando conlcuyó el día me sentía derrotado, completamente vencido. Y tras aquel extraño acontecimiento tan sólo podía llegar a una conclusión definitiva: Dot, efectivamente, había muerto y, respetando su promesa, había venido, desde algún lejano lugar del mundo, a comunicármelo.

Pero lo que comenzó a tubar mi existencia fue lo que sucedió a partir de aquel desdichado momento. ¡Maldito Dot! ¿Por qué diablos se había empeñado en aquella promesa y por qué me había convertido ahora en su trágica víctima y conmigo a todos los miembros de mi familia?

Aquella misma noche, durante la madrugada, volví a escuchar golpes en la puerta. Mi mujer, que no

conseguía conciliar el sueño, también los escuchó nada más fueron emitidos.

—Will, están llamando de nuevo, como anoche...

—Sí, maldita sea... Voy a preparar el revólver.

Y mientras disponía del arma y la ponía a punto, volvieron a sonar insistentes aquellos golpes en la puerta... Me precipité hacia el pasillo, dispuesto a resolver la incógnita de una vez. Si era Dot de nuevo, o su fantasma, lo cogería por el brazo y lo zarandearía hasta que me presentase cara y me diera otra respuesta. Y si no... sacaría el valor suficiente para dispararle aquel artefacto.

Seguían y seguían sonando los mismos golpes, cada vez con mayor apremio. Ni siquiera pregunté nada al llegar a la puerta. Descorrí los dos cerrojos y mientras abría la puerta grité:

—Dot..., ¿a qué estamos jugando?...

Pero allí no había nadie. Dot no estaba. El rellano estaba vacío. Y escuché los pasos apresurados de Ann, mi mujer, con sus pies desnudos cruzando el pasillo...

—Will, Will, ¿quién es?... ¿Quién llama?... ¿Qué está pasando?...

Alucinado y hermético, queriendo preservar de otros males a los míos, traté de acusarme de pesadillas, de convencer a Ann de que allí no se había escuchado ningún golpe, de que nadie había llegado hasta nuestra puerta, de que todo eran impresiones falsas de mi cerebro... Sin embargo, ella insistió en que había escuchado cómo llamaban a la puerta y cómo habían hecho lo mismo la noche anterior. Y también había advertido nuestra conversación de anoche.

Quiso convencerme para que llamase a la policía. Y estuvo a punto de hacerlo ella misma. Precisamente por eso tuve que contárselo, cosa que en ningún momento estuve dispuesto a permitírmelo. Y le di el mayor número de detalles, para que comprendiera, para que conociera la personalidad, quizá algo misteriosa de Dot. Y los resultados no vinieron a ali-

viarla de ningún modo, como yo había sospechado. Eramos víctimas de un luctuoso suceso. Y teníamos que aceptarlo...

A partir de entonces, todas las noches, aproximadamente a la misma hora, entre las tres y las cuatro de la madrugada, en la puerta de mi casa sonaban los mismos golpes. ¿Se imagina alguien lo que puede llegar a suponer esta situación para un hombre como yo, y para toda mi familia?... Dot, ese maldito Dot, me había elegido como su víctima... ¡Pero no iba a dejarme nunca vivir en paz...! Mi mujer enfermó de los nervios. Mis hijos, aún pequeños, advirtieron que algo extraño estaba sucediendo en la casa. Algunas noches se despertaron sobresaltados, llorando, asustados ante la insistencia de aquella siniestra llamada en la puerta de nuestra casa.

En alguna ocasión aún llegué a abrir la puerta, pero nunca me encontraba a nadie. Y entonces los golpes..., que llegaron a ser más débiles, terminaban.

Allí no podíamos seguir viviendo: era insoportable aquella angustia, aquel pánico, aquel temor a que llegara la noche y que de nuevo alguien, o el fantasma de alguien, de mi amigo Dot, viniera a intranquilizarnos solicitando entrada en nuestra casa, para comunicarnos todas la noches que había muerto... ¿Pero tendríamos que soportar aquello eternamente?...

No tuve más alternativa que la de buscar otro lugar donde llevarme a vivir a mi familia. Resultó fácil: a las afueras de Londres, lejos de la vieja casa, alquilé un bonito chalet-apartamento, donde al menos los míos estarían a salvo. Pero...

—Yo quiero seguir yendo a dormir al mismo piso —le dije a Ann, mi mujer—, al menos durante este primer tiempo.

Y aunque ella en ningún momento compartió mis deseos, tuvo que ceder ante la firme decisión que había tomado.

Por eso, después de haberles instalado el primer día en el nuevo piso, decidí afrontar mi suerte definitivamente. Lo hice con valor, con un valor sobrenatu-

ral, que llegó a sobrecogerme. Iba a ir en busca de mi destino. Y al fin mi mujer y mis hijos podrían vivir la calma de una noche sin sobresaltos.

No pretendía yo acostarme aquella noche. Estaba dispuesto a seguir un plan minucioso. Primero dejaría que sonaran los primeros golpes. Después me pondría tras la puerta y trataría de hablar con Dot. Sí, repetiría de alguna manera la misma escena que habíamos vivido la primera noche, cuando se decidió a venir hasta mi casa para comunicarme que había muerto. Y después, teniendo posiblemente frente a mí al fantasma de Dot o a lo que fuere, le dispararía sin otras contemplaciones el cargador entero, a bocajarro. Me sentía seguro y decidido.

Estuve esperando en el despacho, con el batín puesto. Y el reloj fue avanzando, no sé si con lentitud o apresuramiento. Lo cierto es que cuando ya dieron las tres las palpitaciones de mi pecho habían aumentado, porque ya esperaba el momento... Nunca fueron tan puntuales aquellas llamadas a la puerta. Seguía esperando que sonaran los primeros golpes... Pero me sobresaltó el grito inesperado del teléfono. ¡Estaba sonando el teléfono...!

Descolgué el aparato y de inmediato, me di cuenta que al otro lado del hilo, estaba Ann. Ann, completamente histérica, descontrolada y víctima de un furibundo ataque de nervios, me decía entre sollozos:

—Will, Will, ¡que están llamando a la puertaaaaaaaaaa!...

¿Cómo puedo explicar a nadie hoy lo que pude llegar a sentir en aquellos indescriptibles momentos?...

Aún tengo su grito metido en mi cerebro:

—¡Que están llamando a la puertaaaaaaaaaa!...

¡Pobre Ann! Desafiándolo todo abandoné a una velocidad inusitada aquella diabólica mansión, tratando de llegar a tiempo hasta mi nueva casa. ¡Ah, maldito Dot, como me la jugaste!... Y corrí, corrí desesperadamente, dispuesto a repetir en aquella casa nueva la misma escena que ya había ensayado. Car-

gado de ira, convertido en un verdadero asesino en pos de su víctima, atravesé la ciudad y enfilé la carretera que llevaba hasta mi nuevo domicilio. Y justamente llegando... llegando, comencé a percibir un truculento espectáculo.

Las llamas ya emergían hacia el cielo. Era mi casa, la nueva casa, la que estaba ardiendo. ¡Dot, Dot. qué me has hecho!... No sé en qué condiciones pude penetrar hasta el interior de la vivienda. Todo me lo encontré envuelto en llamas... Corrí a la habitación de los niños: estaba vacía. Y luego llegué hasta el dormitorio y allí, allí mismo, abrazados, me encontré a Ann y los niños, que habían sido ya víctimas del fuego, completamente abrasados...

Creo que pude arrastrarlos hasta la calle. No me lo pregunten: no sé cómo. Lo cierto es que a partir de entonces —ya han transcurrido de esto muchos años— me siento recluido en este lugar tenebroso. Y nunca quise contar a nadie lo que verdaderamente había sucedido...

—¿Eh?... ¿Quién viene?... Oigo pasos. ¿Son ustedes?...

—No, Will, soy yo.

—¡Ah, enfermera!... Son muy simpáticos estos muchachos.

—Hay en la puerta alguien que pregunta por usted, Will. Dice que es un viejo amigo suyo. Y es también muy anciano... Se llama Dot.

—¡Dot!... ¿Y querrá ver el monstruo en que me he convertido?... Dot, Dot, no es posible... Dot, no. Dot ha muerto... Y yo soy ahora un repugnante monstruo, sin rostro...





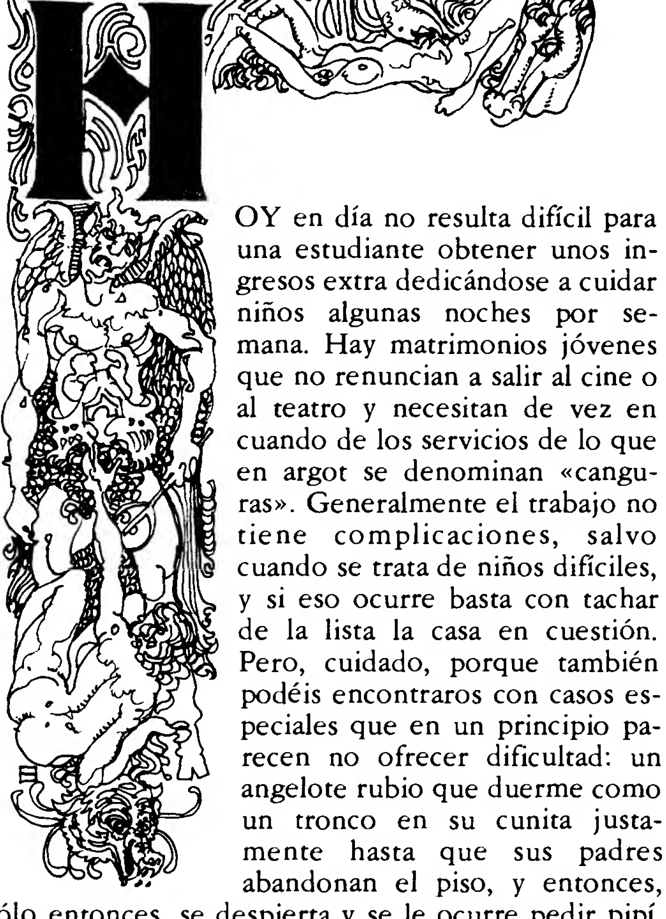
El bebe sin nombre



El bebé sin nombre

P. Martín de Cáceres

«... en caso de necesidad siempre existía la posibilidad de llamarle cosas como "rico", "bonito", "encanto" y... otras lindezas por el estilo.»



OY en día no resulta difícil para una estudiante obtener unos ingresos extra dedicándose a cuidar niños algunas noches por semana. Hay matrimonios jóvenes que no renuncian a salir al cine o al teatro y necesitan de vez en cuando de los servicios de lo que en argot se denominan «canguras». Generalmente el trabajo no tiene complicaciones, salvo cuando se trata de niños difíciles, y si eso ocurre basta con tachar de la lista la casa en cuestión. Pero, cuidado, porque también podéis encontraros con casos especiales que en un principio parecen no ofrecer dificultad: un angelote rubio que duerme como un tronco en su cunita justamente hasta que sus padres abandonan el piso, y entonces, sólo entonces, se despierta y se le ocurre pedir pipí, agua, un caramelo y caprichos que en otras circunstancias no se le hubieran antojado. Si alguna se topa con un asunto de estos es seguro que ya no se podrá seguir en paz la película de la televisión, o mantener una mínima continuidad en la sesión de achuchones con el amigo de turno, que generalmente

llega una vez que el matrimonio ha abandonado el piso.

Saber qué casa es recomendable o cuál debe ser cuidadosamente evitada es algo que acaba intuyéndose a base de experiencia. Pero ni las más avezadas «canguras» pueden asegurar que no va a surgir un imprevisto que les amargue la noche. Se cuentan casos como el del matrimonio que desapareció sin dejar rastro, abandonando a su hijo en manos de su cuidadora (y, lo que es peor, sin haber abonado sus servicios), o el de la que tuvo que habérselas con un subnormal de quince años que pretendía ejecutar con su colaboración actos que, por otra parte y a todas luces, deberían ser considerados normales.

Sea como fuere, y descartando cualquier ánimo moralizador, sirva el relato de esta verídica historia para advertencia de las intrépidas «canguras» que se comprometen, quizá demasiado alegremente, en una tarea que, lejos de resultar cómoda, puede convertirse a veces en algo sumamente inquietante.

* * *

Lucía pulsó el timbre y al cabo de unos instantes se sintió observada a través de la mirilla. Se oyó el descorrerse de un cerrojo de seguridad y alguien desde el interior del piso le franqueó la entrada. Una mujer alta y delgada, vestida de noche con sobria elegancia, apareció en el umbral.

—¿Qué desea? —preguntó cortésmente pero con sequedad.

—Vengo por lo del niño —repuso Lucía.

La mujer pareció vacilar un momento, pero luego una cierta sonrisa afloró a sus labios y retrocedió invitando con un gesto a Lucía.

—Pase, por favor. Estaba terminando de arreglarme —dijo.

En el salón, un hombre que contemplaba la noche a través del amplio ventanal se volvió cuando ellas entraron.

—El señor Mayer —dijo la mujer. El caballero se

aproximó a Lucía y le tendió la mano, que la muchacha estrechó notando un ligero pinchazo. Después advirtió que el objeto punzante era un anillo de considerables proporciones que figuraba una especie de coleóptero o araña, en cuyo lomo queratinoso había incrustada una piedra de un rojo muy oscuro. Al poco rato la señora Mayer regresó al salón con pasos silenciosos.

—Está dormido —dijo dirigiéndose a Lucía—. No creo que se despierte antes de que nosotros volvamos, pero en todo caso aquí hay un *walky-talky* que permite escuchar cualquier ruido procedente del dormitorio. De todas formas —continuó—, le ruego que no entre en la habitación de no ser completamente imprescindible. Y desde luego —añadió—, que él no la vea: es una criatura muy sensible y podría asustarse.

—Si me pidiera agua... —dijo Lucía.

—No la pedirá —aseguró con firmeza la mujer—. En todo caso, pero solamente en último extremo —explicó—, allí hay algo que le agrada y que suele calmarle —añadió señalando un biberón colocado en una estantería—. Déjelo a su alcance y salga de la habitación.

—¿Pueden dejarme un número de teléfono por si surgiera algún imprevisto? —preguntó Lucía. El señor Mayer se volvió hacia ella con cierta brusquedad.

—¿Qué quiere decir, señorita?

—Nada va a ocurrir, querido —intervino la señora Mayer recalcando las palabras y mirándole fijamente a los ojos.

—Es la costumbre —musitó Lucía excusándose.

—Naturalmente —ratificó la mujer sin apartar los ojos de su esposo. Y aproximándose a la mesa escribió algo en una hoja de papel que situó bajo el teléfono—. Aquí tiene —dijo—, pero no utilice este número de no ser estrictamente necesario.

—¿El nombre? —preguntó la joven.

—¿Cómo?

—¿Cuál es el nombre del niño?

Un espeso silencio descendió sobre la habitación. El señor Mayer entreabrió los labios como para decir algo, pero ningún sonido salió de su boca. La señora Mayer apartó la vista del rostro de su esposo y miró a Lucía esbozando una sonrisa forzada.

—No lo hemos bautizado —explicó por fin—. En realidad es fruto de una adopción.

—Pero lo llamarán de algún modo —adujo la muchacha.

—Desde luego... —respondió la señora Mayer sin dar otra aclaración.

Un fuerte viento barrió las nubes y la luna llena hizo su aparición. Se oyó un aullido lastimero y el hombre lobo hundió sus garras en la garganta del periodista...

Lucía disminuyó el volumen de la televisión y prestó atención al minúsculo altavoz conectado con el dormitorio del pequeño. Le había parecido percibir un sonido procedente del *walky-talky,* pero tras unos instantes de escucha volvió a depositar el receptor sobre el diván y reguló el volumen de la televisión hasta que los alaridos del hombre lobo y los estertores del periodista alcanzaron una intensidad discreta. Alargó su mano para tomar la revista que había estado hojeando y advirtió que estaba fuera de su alcance. Por alguna razón, a la que seguramente no era ajeno el hombre lobo, cuando había vuelto a sentarse lo había hecho en la parte del diván que le permitía contemplar toda la habitación teniendo la pared a su espalda.

Las imágenes se sucedían en la pantalla del televisor, pero Lucía las contemplaba distraídamente: los Mayer se habían marchado y ella no se había vuelto a acordar de preguntarles el nombre del niño. Claro que en caso de necesidad siempre existía la posibilidad de llamarle cosas como «rico», «bonito», «encanto», con voz melodiosa y dulce. Realmente conocer el nombre era importante, pero podía suplirse adoptando un tono de voz afectuoso y desde luego exento de cualquier vacilación que pudiera dejar translucir el miedo.

La presentadora se despidió de los espectadores deseándoles un feliz descanso, y su imagen quedó congelada unos segundos en la pantalla luciendo una estereotipada sonrisa que, incapaz de mantener por más tiempo, se convirtió en una mueca horrorosa una décima de segundo antes de que su rostro desapareciera definitivamente. La pantalla quedó en blanco y un estridente pitido invadió la estancia. Lucía se abalanzó sobre el televisor temiendo que aquel sonido despertara a la criatura y lo desconectó de un manotazo. Se hizo un silencio súbito y la muchacha lamentó que las emisiones hubieran finalizado.

Examinó detenidamente el salón y se detuvo especialmente en las fotografías enmarcadas en plata sobre la repisa de la chimenea: el matrimonio Mayer y su hijo eran el tema de todas ellas. La señora Mayer sostenía en brazos a la criatura, pero las ropitas infantiles abrigaban de tal forma al niño que era imposible ver siquiera la punta de su nariz. En otras, la madre aparecía sentada cerca de la cuna del bebé y rodeándola con sus brazos, pero en ninguna de ellas era posible contemplar ni un dedo de la criatura.

Algunas instantáneas mostraban solamente la cunita sin nadie alrededor, y había una en la que aparecía la madre sosteniendo en brazos a su hijo, que mostraba haberse desarrollado extraordinariamente, pero que continuaba vestido con prendas propias de un recién nacido. En aquella fotografía hubiera podido contemplarse el rostro de la criatura si no hubiera sido porque alguien había recortado cuidadosamente la porción de cartulina correspondiente a la cabeza del niño.

Lucía creyó notar determinado olor e inspiró profundamente para cerciorarse. En efecto, se aproximó al pasillo al fondo del cual se hallaba la habitación del niño y advirtió que, a pesar de que la puerta continuaba cerrada, el olor parecía proceder del dormitorio. Avanzó unos pasos y la intensidad de las emanaciones aumentó. ¿Qué hacer si lo que sospechaba era cierto? Nadie la había dado instrucciones para cam-

biar al bebé, pero parecía lógico intentarlo si se había producido lo que imaginaba; en algún sitio tenía que haber pañales de repuesto. Por otra parte, la señora Mayer le había advertido que no entrase en la habitación si no era completamente imprescindible. ¿Podría considerarse este como un caso de emergencia? Lo que no sería posible evitar, a no ser que efectuara la operación en completa oscuridad, era que el niño la viera, y había sido prevenida expresamente sobre este particular.

Finalmente decidió no darse por enterada del pequeño suceso y, tumbándose en el diván, comenzó a hojear otra revista, pero estaba tan sugestionada que, al poco rato, el olor procedente de la habitación se le hizo insoportable. Realmente la intensidad de aquellas emanaciones era excesiva, y por otra parte, ya no estaba segura de que procedieran de excrementos infantiles. Al salón iban llegando oleadas pestilentes, que tan pronto parecían resultado de la descomposición de un cuerpo muerto como efluvios desprendidos de una ciénaga putrefacta. Instantes después el olor parecía el propio de una pocilga, y al rato la fetidez parecía sumergir a la muchacha en las profundidades de un nauseabundo pozo negro.

No pudiéndolo soportar por más tiempo, Lucía se levantó del diván y abrió las ventanas de par en par. Con la oleada de frío que invadió la estancia, el repugnante olor pareció disiparse en parte, pero la temperatura exterior era muy baja y la muchacha optó por abrir y cerrar los balcones cada cierto tiempo.

Al cabo de una media hora el hedor fue cediendo, y la joven corrió de nuevo las cortinas dejando las ventanas tal y como las había encontrado. La pestilencia había sido tan intensa que los vestidos de Lucía se hallaban impregnados de aquel nauseabundo olor. Con ánimo de disipar definitivamente las repulsivas emanaciones, encendió un cigarrillo, y al frotar la cerilla contra el raspador creyó oír pronunciar su nombre en una especie de murmullo. Permaneció inmóvil

un momento con el oído atento al menor ruido, pero ningún susurro vino a sumarse al rumor del aire que golpeaba obstinadamente los cristales. La noche se había tornado desapacible y parecía como si algo pugnara por penetrar a través de las ventanas con el concurso del viento.

La muchacha consultó su reloj y comprobó con desánimo que no eran más que las doce menos diez. Abandonó definitivamente la revista, en cuya lectura no era capaz de concentrarse, y dio unos pasos por la habitación. La puerta del fondo del pasillo la atraía como si se tratase de un imán. Avanzó cautelosamente hasta situarse a pocos centímetros de ella y acercó su cabeza a la superficie de madera. No se oía ni el más leve susurro. Cuando se encontraba a mitad del pasillo creyó de nuevo que alguien había pronunciado su nombre, pero la especie de suspiro que dio forma a aquel desmayado «Lucía» parecía proceder de la habitación del pequeño y del comedor, al mismo tiempo. ¿Acaso el *walky-talky* habría amplificado aquel bisbiseo o sólo se trataba del roce de una sábana que su imaginación había transformado en un murmullo articulado?

Regresó al comedor y sus ojos se posaron sobre el pequeño transmisor que yacía sobre el diván. Se aproximó con el oído atento y percibió el rumor de sus propios pasos. Aquel aguzar el sentido del oído era la causa de que ahora captara inevitablemente, de forma clara y distinta, una serie de ruidos en los que hasta el momento no había reparado. Hasta ella llegaban perfectamente individualizados el batir del viento en las ventanas, el goteo de un grifo en algún lugar de la casa, los ocasionales crujidos de los muebles, el rechinar de las tablas del parquet, que se reacomodaban tras su paso; el nervioso tiritar de un frigorífico y la respiración. Sobre todo aquella respiración.

Se aproximó a la estantería y tomó la botella en forma de biberón que le había mostrado la señora

Mayer. Poco faltó para que la dejara estrellarse contra el suelo cuando vio de cerca su contenido. Acercándose a la zona del diván para contemplarla mejor a la luz de la lámpara, Lucía comprobó asqueada que lo que había en la botella era una sustancia coagulada de un extraño color. Por otra parte, la tetina de goma de aquel biberón aparecía deformada quizá por efecto de un calor intenso, al menos esto fue lo que Lucía deseó pensar, porque resultaba poco tranquilizador saberse a pocos metros de un bebé cuya boca pudiera acoplarse a aquel extraño adminículo.

Como acaece a veces en que comenzamos de pronto a oír el tictac de un reloj que ha estado funcionando sin interrupción, así Lucía advirtió que el pequeño altavoz del *walky-talky* surgía a intervalos regulares un sonido que podría ser identificado con el de la cadenciosa respiración de un durmiente, salvo por un detalle: cada inspiración duraba un intervalo de tiempo desmesurado, y era seguida de una expiración igualmente prolongada. Cada una de las fases de aquella respiración, si es que lo era, se extendía durante treinta y cinco o cuarenta segundos. Lucía se aproximó al altavoz para que el silbido del viento al colarse por alguna rendija del balcón no interfiriera en la escucha. Con el oído prácticamente pegado al transmisor, su vista fue a parar sobre el biberón situado en la pequeña mesa cercana. Por un momento le pareció que el nauseabundo líquido coagulado, de un extraño rojo oscuro, iba perdiendo rigidez y comenzaba a resultar pastoso por algunos puntos. En efecto, manteniendo sus ojos sobre el biberón, notó que su contenido se licuaba en ciertas zonas, pero no caprichosamente, sino siguiendo el ritmo de la singular respiración. Como si la repulsiva masa estuviese sometida a movimientos de sístole y diástole, su volumen se expandía con cada inspiración que salía del altavoz para contraerse seguidamente al tiempo de la expiración. De esta forma el contenido de la botella fue pasando al estado líquido cada vez con mayor rapidez, porque el ritmo de la respiración y paralela-

mente los movimientos de aquella masa se iban acelerando. Lucía se levantó de su asiento y se acercó al pasillo al final del cual se encontraba la puerta del dormitorio. La respiración era ahora angustiosamente precipitada y tenía algo de agónico estertor. Al llegar el ritmo a un cierto punto casi paroxístico, algo rodó desde la mesa al suelo y se oyó un ruido de cristales rotos. La joven regresó al comedor y vio que la botella se había hecho añicos y el líquido repulsivo se extendía por la alfombra en una gran mancha palpitante. Al mismo tiempo se oyó un formidable estertor como de alguien que despierta de una terrible pesadilla, y la monstruosa respiración recuperó el cadencioso ritmo primitivo.

La muchacha fue retrocediendo pegada a la pared hasta la puerta del piso. Se mantuvo inmóvil unos instantes y luego, con un rápido movimiento, empuñó el pomo del cerrojo y tiró con todas sus fuerzas. Como ella ya suponía de antemano, aunque se hubiera negado a aceptarlo, la barra del cerrojo no se movió ni un milímetro. A punto de perder la serenidad volvió a tirar hasta que le dolió la mano, pero obtuvo el mismo resultado.

La respiración se fue mezclando en el pequeño altavoz con un extraño gemido, una especie de llanto ahogado, como cuando una criatura desconsolada trata de pedir algo. Después se oyeron varios suspiros prolongados y del *walky-talky* surgió un susurro que se fue articulando. Una voz agónica pronunció varias veces el nombre de Lucía, y la muchacha, reuniendo las escasas fuerzas que le quedaban, decidió entrar en el dormitorio del bebé con la intención de poner fin a aquella incertidumbre. Avanzó lentamente por el pasillo. Asió el pomo de la puerta y lo hizo girar, deteniéndose unos instantes para que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad en que estaba sumida la habitación. La respiración comenzó a agitarse, adquiriendo un ritmo exacerbado, como de gigantesco fuelle, al tiempo que algo pronunciaba el nombre de Lucía repetidamente. De súbito una

oleada de hedor insoportable llegó hasta la muchacha, que trató de contener la respiración, hasta que no pudo más y otro torbellino de fetidez nauseabunda inundó sus pulmones. Poco a poco su vista se fue acomodando a la oscuridad y pudo ver la cuna cubierta de encaje amarillento: sus ojos recorrieron con asombro aquel desproporcionado lecho infantil. Evidentemente, el ocupante de aquella cuna podía disponer de dos metros y medio de largo por uno y medio de ancho.

Incapaz de moverse, contemplaba el inmenso mueble fascinada, mientras en sus oídos resonaban violentos estertores procedentes de aquel lecho y su garganta ardía sumergida en aquella fétida atmósfera.

De pronto se produjo un movimiento que agitó la gasa con que estaba cubierta la cuna y, produciendo un ruido ensordecedor, el palpitante abdomen de aquel ser se precipitó contra el suelo.

Incapaz de ver más, Lucía huyó de la habitación y aproximándose al teléfono tomó la hoja de papel que la señora Mayer había depositado bajo el aparato y marcó aquel número con mano trémula: al cabo de unos instantes llegó hasta su oído la señal de que la línea estaba ocupada. Insistió nuevamente mientras del dormitorio de la criatura surgían descomunales golpes. La tercera vez que marcó y obtuvo el tono de ocupado se sintió desfallecer porque supo que desde aquel número no le llegaría ninguna ayuda: la cifra que aparecía escrita en el papel era la misma que estaba escrita en el disco del teléfono que sus manos aferraban.

Inclinándose para no golpear el techo, la criatura avanzó bamboleándose por el pasillo. El pánico de Lucía llegó al paroxismo cuando, con el tercero y más sutil de sus sentidos, percibió a la criatura: la fetidez embotaba su olfato, la fatigosa respiración y aquellos chasquidos como de crustáceo herían sus oídos, pero la visión de aquel ser enorme y vacilante que desprendía baba por su boca disforme, la multitud de endebles patas agitándose sin cesar, y la nauseabunda

palpitación de aquel viscoso cuerpo la dejaron paralizada.

La criatura avanzó hacia ella produciendo chasquidos con un par de apéndices cartilaginosos y dejando un pegajoso rastro tras de sí. Un instante después el cuerpo de la muchacha quedó bajo su sombra y Lucía se sintió presa de innumerables patas temblorosas.

Cuando a punto de perder el sentido creía haber llegado ya al límite del horror, la criatura la oprimió contra ella y las manos de la infortunada joven palparon un repugnante tejido blando y viscoso. Y como si el destino no quisiera dejar ningún cabo suelto, la opresión fue tan brutal que el rostro de la muchacha chocó contra aquella masa nauseabunda, y la lengua de la infeliz víc ma, a punto ya de ser estrangulada, gustó el infame sabor del monstruo.

* * *

Alguien introdujo la llave en la cerradura y el cerrojo se descorrió suavemente. El señor Mayer cedió el paso a su mujer y ambos entraron en el piso.

—Me pregunto si cabrá en tres bolsas de basura —comentó ella al tropezar con un hueso pelado.

—Eso es tarea tuya, querida —respondió el señor Mayer.

—No hace falta que me lo recuerdes —replicó la dama al parecer molesta.

—A propósito —comentó el caballero—. Hay un detalle que me gustaría discutir.

—¿De qué se trata? —inquirió la señora despojándose del echarpe.

—El nombre —repuso él concisamente.

—Cierto. Fue un momento difícil.

—Y no quiero que vuelva a repetirse —puntualizó Mayer severo.

—Está bien: Juanito, Pedro, Luciano, Antonio... —enumeró ella—. O bien: Rosa, Cristina, Carmen, María Luisa...

—¡No! —rechazó el señor Mayer. Y añadió tras unos momentos de reflexión: ¡Ya lo tengo! Un nom-

bre evocador, clásico y a la vez actual. ¡Se llamará Gregorio! Para todos, se llamará Gregorio...

La dama pareció complacida, y depositando sobre una silla su echarpe cuidadosamente doblado se dirigió hacia la habitación del fondo del pasillo al tiempo que decía con voz cantarina:

—¡Gregorio! ¡Gregorio! ¿Dónde está esa criatura? Asómate, rey mío. ¡Goyito! ¿Has cenado bien, pre cioso?



I



II



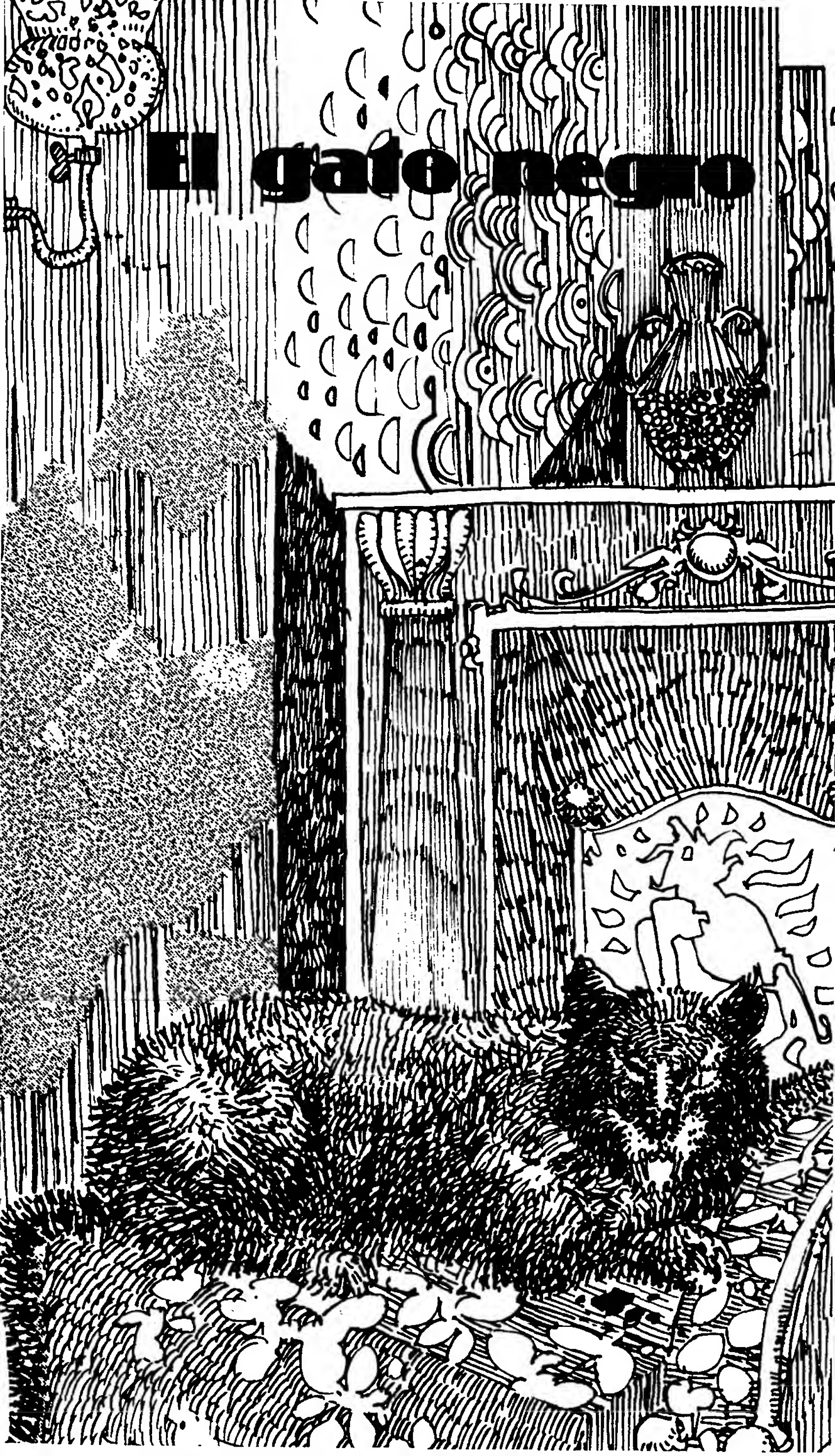
III



IV



El gato negro



El gato negro

Edgar Allan Poe

1843... Edgar Allan Poe se ha sentado a escribir. Tiene ante él una página en blanco y en su mente esta idea: érase un hombre que amaba a su gato hasta que un día comenzó a odiarlo y le arrancó un ojo...
Así se inició, seguramente, la creación de uno de los mejores relatos de la historia de la literatura de horror.



O puedo pretender, sin más, que se dé crédito a esta historia, a la vez familiar y extraordinaria. Como se trata de un caso en el que incluso mis sentidos se niegan a aceptar su propio testimonio, tendría que estar loco para pretenderlo. Y, sin embargo, no estoy loco ni soy víctima de una ensoñación. Pero quisiera aliviar mi espíritu, porque mañana puedo morir; por eso deseo mostrar al mundo, sin comentarios, clara, concretamente, una serie de acontecimientos domésticos que, aunque simples, han producido consecuencias capaces de anonadarme, torturarme y aterrorizarme.

Pese a lo cual no trataré de esclarecer esos acontecimientos. Casi no me han producido otro sentimiento que el del horror, aunque es posible que otra inteligencia más serena, más lógica y menos influenciable que la mía sea capaz de encontrar en estas circunstancias que relato con terror una serie normal y natural de causas y efectos.

Desde la infancia, mi carácter sorprendía a todo el mundo por su docilidad y humanidad. La ternura de

mi corazón era tan excesiva que hasta mis propios amigos se burlaban de mí. Mis padres me permitieron poseer una gran variedad de animales, ya que sentía una auténtica pasión por ellos. Nunca me consideraba tan feliz como cuando les daba de comer o los acariciaba. Esta particularidad de mi carácter aumentó con los años, y cuando fui hombre hice de ella una de mis principales fuentes de goce. Los que hayan sentido afecto hacia un perro fiel e inteligente no necesitan que les explique la naturaleza o la intensidad de las satisfacciones que eso puede producir.Me casé joven y, para mi fortuna, descubrí en mi mujer una disposición de ánimo semejante a la mía. No solo compartía mi inclinación por los animales domésticos, sino que me los proporcionaba de las especies más agradables. De esta forma tuvimos pájaros, un pez de color de oro, un perro magnífico, varios conejos, un pequeño mono y un gato.

Era un gato muy fuerte y muy hermoso, negro completamente y de extraordinaria sagacidad. Como mi mujer fuera, en el fondo, algo supersticiosa, hablando de su inteligencia aludía a esa antigua creencia popular según la cual todos los gatos negros eran brujas encubiertas o encantadas, lo que no quiere decir que hablara siempre en serio sobre este particular.

El gato, que se llamaba Plutón, era, en realidad, mi amigo predilecto. Solo yo le daba de comer y siempre me seguía por cualquier lugar de la casa. Incluso me costaba trabajo impedirle que me siguiera por la calle.

Fue una amistad que duró varios años; al cabo de los cuales —me avergüenza confesarlo— el demonio de la intemperancia alteró radicalmente, de manera funesta, mi carácter y mi temperamento. No solo me hacía más taciturno e irritable de día en día, sino que los sentimientos ajenos me inspiraban cada vez mayor indiferencia. La primera víctima de ese cambio fue mi mujer, a quien afligía primero con un lenguaje brutal y posteriormente incluso con violencias físicas. Mi pobre gato debió, naturalmente, notar la trans-

formación que se había operado en mi carácter, ya que también sufrió malos tratos de mi parte, aunque despertara en mí todavía la suficiente consideración como para no pegarle. Pero tal escrúpulo desaparecía si se trataba de hacer daño físico al mono, a los conejos e incluso al perro, cuando por azar o por el afecto que hacia mí sintiesen se cruzaba en mi camino. Pero iba secuestrándome mi mal porque, ¿qué mal admite ser comparado con el alcohol? Así fue como con el tiempo incluso el mismo Plutón, que al envejecer se hacía, naturalmente, un poco huraño, comenzó a conocer también los efectos de mi perversión.

Una noche volví a casa completamente borracho y comprobé que el gato hacía lo posible por evitar mi presencia. Mi actitud era tan violenta cuando lo cogí que él, horrorizado, me hizo una leve herida en la mano con sus dientes. Un furor demoníaco se apoderó repentinamente de mí. Dejé de conocerme en aquel instante. Era como si, de pronto, mi alma genuina hubiese abandonado el cuerpo, y una ruindad desconocida y terrible, saturada de ginebra, se hubiera filtrado por todas las fibras de mi ser. Saqué un cortaplumas del bolsillo de mi chaleco; lo abrí, cogí al pobre animal por la garganta y, deliberadamente, le vacié un ojo... Así fue, aunque ahora, al describirlo, me estremezca esa atrocidad tan abominable y me abrase el rubor.

Recuperé la razón al amanecer, cuando se disiparon los vapores de mi crápula nocturna. Y experimenté un sentimiento mitad de horror, mitad de remordimiento, por lo que empezaba a considerar como un auténtico crimen. Pero era un sentimiento tan débil y equívoco que mi alma no sufrió sus acometidas. Me entregué nuevamente a mis excesos, y el vino ahogó todo recuerdo de mi acción.

El gato iba curando lentamente. Cierto es que la órbita del ojo perdido presentaba un espantoso aspecto. Pero, con el tiempo, parecía que no se diera cuenta de ello. Iba y venía ya por la casa como de costumbre. Pero huía horrorizado en cuanto yo me

aproximaba. Aún me quedaba algo de mi antiguo corazón para que me afligiera aquella antipatía manifiesta en una criatura que antiguamente había sentido tanto afecto por mí. Pero no tardó la irritación en sustituir este sentimiento. Y para terminar de caer en la abyección más completa, comencé a experimentar el espíritu de la perversidad, espíritu del que la filosofía no se cuida ni poco ni mucho.

Pero tan seguro como de que existe mi propia alma, creo que se trata de uno de los impulsos más primitivos del ser humano, y que la perversidad es una de esas facultades indivisibles o sentimientos que dirigen el carácter. ¿Quién no se ha sorprendido, a veces, cometiendo cualquier acción vil o necia por la única razón de que sabía que no debía cometerla? Pese a la excelencia de nuestro juicio, ¿no tenemos acaso una inclinación constante a violar la ley, simplemente porque comprendemos que es la Ley?

Pues ese espíritu de la perversidad es el que habría de producir mi completa ruina. Hay un vivo e insondable deseo en el alma de atormentarse a sí misma, de violentar su propia naturaleza, de hacer el mal por amor al mal. El mismo deseo que me llevó a vaciarle un ojo a aquel animal inofensivo fue el que movió mi mano cierta mañana en que, a sangre fría, ceñí un nudo corredizo en torno a su cuello y lo ahorqué de la rama de un árbol.

Con mis ojos llenos de lágrimas, desbordante mi corazón del más amargo arrepentimiento, pero lo ahorqué; porque sabía que no me había dado ningún motivo para encolerizarme con él, y porque sabía que al hacerlo cometía un pecado terrible.

Al día en que cometí aquella acción tan cruel siguió una noche en la que el grito de «¡Fuego!» me despertó. Las cortinas de mi lecho estaban ardiendo. La casa entera se había convertido en una gran hoguera. Logramos escapar del incendio mi mujer, un criado y yo, no sin enfrentarnos a grandes dificultades. La destrucción fue absoluta, y quedé arruinado

tan completamente que me entregué, sin condiciones, en brazos de la desesperación.

Por supuesto, estoy muy por encima de ciertas debilidades, y una de ellas sería establecer cualquier relación entre la atrocidad de que había sido víctima mi gato y el desastre que siguió. Me limito a dar cuenta de una cadena de hechos, y no quiero omitir, por tanto, el menor eslabón. Al día siguiente visité las ruinas humeantes. Todas las paredes a excepción de una, se habían derrumbado. Se trataba de un delgado tabique interior, situado hacia la mitad de la casa, precisamente aquel en que se apoyaba la cabecera de mi cama. Allí, la mampostería había resistido a la acción del fuego en muy buena parte, quizá por haber sido recientemente renovada. Un grupo de curiosos se había congregado en torno a la pared. Numerosas personas, con atención tan minuciosa como viva, examinaban una parte del muro. Las palabras «extraño», «singular» y otras expresiones parecidas excitaron mi curiosidad. Al acercarme vi una especie de bajorrelieve esculpido en la superficie blanca; exactamente la figura de un gato gigantesco. Era extraordinaria la exactitud con que estaba copiada esa imagen. Una cuerda rodeaba el cuello del animal.

No podía considerar aquello más que como una aparición, y apenas la hube visto me invadió un asombro y un terror sin límites. Sin embargo, busqué, y hallé pronto, el amparo de la reflexión. Porque recordé que el gato había sido ahorcado en un jardín contiguo a la casa. El jardín fue invadido de inmediato por la muchedumbre, a los gritos de alarma, y alguien debió descolgar al gato del árbol y arrojarlo a mi cuarto por una ventana. Lo que se haría, sin duda, con el objeto de despertarme. Cabía suponer que, al derrumbarse las paredes restantes, la víctima de mi crueldad había sido comprimida en el yeso extendido recientemente. En consecuencia, la imagen se había producido al combinarse con las llamas la cal del muro y el amoniaco del cadáver.

Con ello quedó satisfecha mi razón, aunque no asi

mi conciencia, excitada por las anormales circunstancias del caso. El fantasma del gato me persiguió durante algunos meses, y en todo ese tiempo acabó naciendo en mi alma un sentimiento similar, aunque no lo era, al remordimiento. Hasta llegué a lamentar la pérdida del animal y a buscar, en los miserables tugurios que por entonces frecuentaba, otro de la misma especie y lo más parecido que pudiera hallar, con el fin de sustituirle.

Cierta noche, medio aturtido por el alcohol, estaba sentado en una infame taberna. Mi atención fue repentinamente atraída por un objeto negro que yacía en lo alto de uno de los enormes barriles de ron o ginebra que componían el mobiliario más importante de la sala. Me acerqué a él y lo toqué. Se trataba de un gato enorme, negro, tan grande como Plutón, al que se parecía casi en todo. Solo se diferenciaba por una ancha y blanca señal que, aunque de forma indefinida, le cubría casi todo el pecho.

Ronroneó con fuerza apenas puse en él mi mano. Mostró su contento restregándose contra ella. Era el animal que andaba buscando. Le expuse al dueño mi intención de comprárselo, pero éste aseguró no conocerlo ni haberlo visto hasta entonces.

Yo seguí acariciándole, y ya me disponía a regresar a mi casa cuando el animal pareció dispuesto a seguirme. No sólo se lo permití sino que, inclinándome de cuando en cuando, le acariciaba mientras caminábamos hacia mi casa. Al llegar se encontró como si hubiera sido la suya, y rápidamente se convirtió en el mejor amigo de mi mujer.

En cuanto a mí, pronto empecé a sentir una fuerte antipatía hacia el gato. Ocurría justamente lo contrario de lo que yo había esperado. No podemos imaginarme cómo ni por qué sucedió tal cosa, pero su ternura me resultaba excesiva, llegando a fatigarme y a enojarme. Poco a poco, tales sentimientos de fastidio fueron creciendo hasta transformarse en odio. Un odio tan intenso que comencé a evitar su presencia. Sin embargo, un difuso sentimiento de vergüenza y,

sobre todo, el recuerdo de mi primera crueldad, me impidieron que lo maltratara. Me abstuve de pegarle o de tratarle violentamente durante varias semanas. Pero lenta, insensiblemente, llegué a sentir por él un indecible horror, y a eludir su insufrible presencia como si huyera de la peste.

Lo que aumentó mi odio hacia el animal fue descubrir, a la mañana del siguiente día de haberlo llevado a casa, que también él, como Plutón, había sido privado de uno de sus ojos. Circunstancia que, sin embargo, contribuyó a hacerle todavía más grato a mi mujer, quien, como ya he dicho, poseía en grado sumo una ternura de sentimientos que en otro tiempo había sido mi rasgo característico, así como el manantial puro y frecuente de mis más sencillos placeres. Pese a lo cual, el cariño que el gato me demostraba parecía crecer en razón directa del odio que yo sentía hacia él. No es posible hacer comprender al lector la tenacidad con que constantemente seguía mis pasos. Se acurrucaba bajo mi silla en cuanto me sentaba, o llegaba incluso a saltar sobre mis rodillas, cubriéndome con unas caricias que me parecían espantosas. Si me levantaba para andar se metía entre mis piernas y casi me derribaba. O bien, clavando sus largas y agudas garras en mi ropa, trepaba por ella hasta mi pecho. En esos instantes, aun cuando hubiera querido matarle de un golpe, me lo impedía en parte el recuerdo de mi primer crimen. Pero sobre todo —me apresuro a confesarlo— el verdadero terror que el animal me inspiraba.

Este terror se manifestaba en mi ánimo con tanta violencia que casi me parecía sentirlo físicamente. Me avergüenza reconocerlo. Aún en esta celda de malhechor me avergüenza confesar que todo el horror y el pánico que me inspiraba el animal se habían acrecentado a causa de una de las fantasías más perfectas que es posible imaginar. A menudo mi mujer me llamaba la atención con respecto al carácter de la mancha blanca de que he hablado y que, en definitiva, era la única diferencia que podía percibirse entre el nuevo

animal y aquel que yo había matado. El lector recordará que esta señal, aunque grande, primitivamente tuvo una forma indefinida. Pero poco a poco, por fases apenas perceptibles y que mi razón se esforzó durante largo tiempo en considerar como imaginarias, había terminado adquiriendo contornos rigurosamente nítidos.

Fue cuando adoptó la imagen de un objeto cuya sola mención me hace temblar. Semejante imagen me hacía mirar al gato como a un monstruo de horror y repugnancia. Tanta que no me atrevía a librarme de él. Se trataba de esa imagen abdominable y siniestra, ¡la imagen de la horca! Lúgubre y temible máquina, espantosa máquina de agonía y muerte.

Ni de día ni de noche volví a conocer ya la paz del descanso. Durante el día, el animal no me dejaba un solo instante, y de noche, continuamente, salía de mis sueños angustiosos sintiendo el tibio aliento de aquel ser abominable sobre mi rostro y su enorme peso, encarnación de una pesadilla, que ya no podía separar de mí y que parecía eternamente posado en mi corazón.

Lo poco de bueno que aún quedaba en mí sucumbió bajo tales tormentos. Infames pensamientos ocuparon continuamente mi mente. Los más infames y sombríos de todos los pensamientos imaginables. Mi estado de ánimo, habitualmente triste, llegó a serlo hasta tal punto que aborrecía a todas las cosas y a la humanidad entera. Mi mujer, sin embargo, nunca se quejaba. Siempre había sido mi paño de lágrimas, así como la víctima paciente de mis frecuentes, indomables y repentinas expansiones, en las que desparramaba una furia a la que desde entonces me abandoné ciegamente.

Un día me acompañó al sótano de la vieja casa donde nuestra pobreza nos obligaba a vivir, a fin de realizar una labor doméstica. El gato me seguía por los peldaños de la escalera, y habiéndome hecho tropezar la cabeza, me exasperó hasta la locura. Así que me apoderé de un hacha y, olvidando en mi fu-

ror el espanto pueril que había detenido hasta entonces mi mano, dirigí un golpe al animal que habría sido mortal necesariamente si, como quería, le hubiera alcanzado. Sin embargo, la mano de mi mujer había detenido el golpe, y su intervención me produjo una rabia más que diabólica. Tanta, que liberé mi brazo del obstáculo que lo detenía y le hundí a ella el hacha en el cráneo. Instantáneamente, sin exhalar siquiera un gemido, mi mujer cayó muerta en el suelo.

Inmediata y resueltamente, una vez realizado asesinato tan horrible, traté de esconder el cuerpo. Comprendí que no podría hacerlo desaparecer de la casa, ni de noche ni de día, sin correr el riesgo de que los vecinos se enterasen. Varios proyectos asaltaron mi mente. En un primer instante pensé fragmentar el cadáver y arrojar al suelo los pedazos. Pero después resolví cavar una fosa en el piso de la cueva. No llegó a convencerme esta idea, y más tarde pensé arrojarlo al pozo del jardín. Hasta pensé también embalarlo en un cajón como mercancía y llamar a un corredor para que se lo llevase de casa. Aunque al fin decidí poner en práctica el proyecto que me pareció más factible. Se trataba de emparedar el cuerpo en el sótano como, según se dice, solían hacer con sus víctimas ciertos depravados monjes de la Edad Media.

Era una cueva que parecía estar construida a propósito para semejante proyecto. Los muros no estaban levantados con el cuidado de costumbre, y habían sido cubiertos no hacía mucho tiempo por una capa de yeso que no dejó endurecer la humedad. Había por otra parte un saliente en uno de los muros producido por una chimenea artificial o una especie de hogar, que quedó luego tapado y dispuesto de la misma forma que el resto del sótano. Ni por un instante dudé que me sería fácil quitar los ladrillos de aquel sitio, colocar el cadáver y emparedarlo del mismo modo, de forma que ninguna mirada pudiera descubrir nada sospechoso.

Mis cálculos fueron exactos. Ayudado por una pa-

lanca separé sin dificultad los ladrillos y, tras haber aplicado cuidadosamente el cuerpo contra la pared interior, lo sostuve en semejante postura hasta poder restablecer sin demasiado esfuerzo toda la mampostería à su primitivo estado. Me procuré una argamasa de cal y arena, con todas las precauciones imaginables, y preparé una capa que no podía distinguirse de la primitiva, con la que cubrí el nuevo tabique con toda escrupulosidad. Al terminar llegué a la conclusión de que mi obra había sido realizada perfectamente.

No había en la pared la más leve señal de arreglo. Barrí el suelo con el mayor cuidado y recogí los escombros. Miré triunfalmente en torno mío y me dije que, por una vez al menos, mi trabajo había sido fructífero. Y para coronarlo me asaltó la idea de buscar el animal causante de tanta desgracia, ya que al fin había resuelto darle muerte. Si hubiera podido encontrarle en aquel momento nada habría evitado su destino. Pero el repulsivo animal, ante la violencia de mi cólera, se había alarmado y procuraba no presentárseme. No es posible imaginar la intensa, la apacible sensación de alivio que trajo a mi ánimo la ausencia de criatura tan detestable. Como no se presentara en toda la noche, esa fue la primera que gocé, desde que entrara en la casa, durmiendo tranquilo y profundamente. Sí, dormí, incluso con el peso de aquel asesinato en mi conciencia.

Transcurrieron el segundo y el tercer día, y el gato no se presentó. Como un hombre libre, respiré de nuevo. En su terror, sin duda, el monstruo había abandonado para siempre aquellos lugares. En consecuencia, no volvería a inquietarme jamás. Puedo asegurar que me sentía dichoso como nunca en toda mi vida. La criminalidad de mi tenebrosa acción me inquietaba muy poco. Se incoó una especie de sumario que apuró poco las averiguaciones. También se había dispuesto un reconocimiento, pero nada podía descubrirse. Como era natural, mi felicidad futura la daba por más que asegurada.

Un nuevo grupo de agentes de policía se presentó inopinadamente en mi casa cuatro días después de haberse cometido el asesinato. Nuevamente se procedió a una investigación rigurosa del local. Confiado en lo impenetrable del escondite, no experimenté turbación alguna.

Quisieron los agentes que les acompañase en sus pesquisas. No quedó rincón alguno por explorar. Por tercera o cuarta vez bajaron a la cueva. En absoluto me mostré alterado. Mi corazón latía pacíficamente, como el de un hombre que reposa en la inocencia. Recorrieron el sótano de punta a punta. Crucé los brazos sobre mi pecho y me paseé indiferente de un lado a otro. La policía, plenamente satisfecha, se disponía a abandonar la casa. El júbilo de mi corazón era demasiado intenso para que pudiera reprimirlo. Sentí la imperiosa necesidad de decir una palabra, una palabra tan solo, a modo de triunfo, y hacer doblemente evidente mi inocencia.

—Estoy muy satisfecho —les fije al fin, cuando los policías subían la escalera— por haber desvanecido sus sospechas. Les deseo una buena salud y tal vez un poco más de cortesía. Y, dicho sea de paso, aquí tienen ustedes una casa bastante bien construida —no sabía muy bien lo que hablaba, embargado como estaba por el deseo furioso de decir algo—. Les puedo asegurar que es una casa magníficamente construida. ¿Ya se van? Observen la gran solidez de estos muros...

En ese momento, con un frenético gesto de fanfarrón, golpeé fuertemente, precisamente sobre la parte del tabique tras el cual yacía el cadáver de mi mujer.

¡Dios me proteja! Ahogado apenas en el silencio el eco de mis golpes, una voz pareció responderme desde el fondo de la tumba. Era una queja apenas audible y entrecortada, como si un niño sollozase. A continuación se transformó en un grito prolongado, continuo, retumbante, completamente inhumano y anormal. Un aullido espantoso, mitad horror y mitad

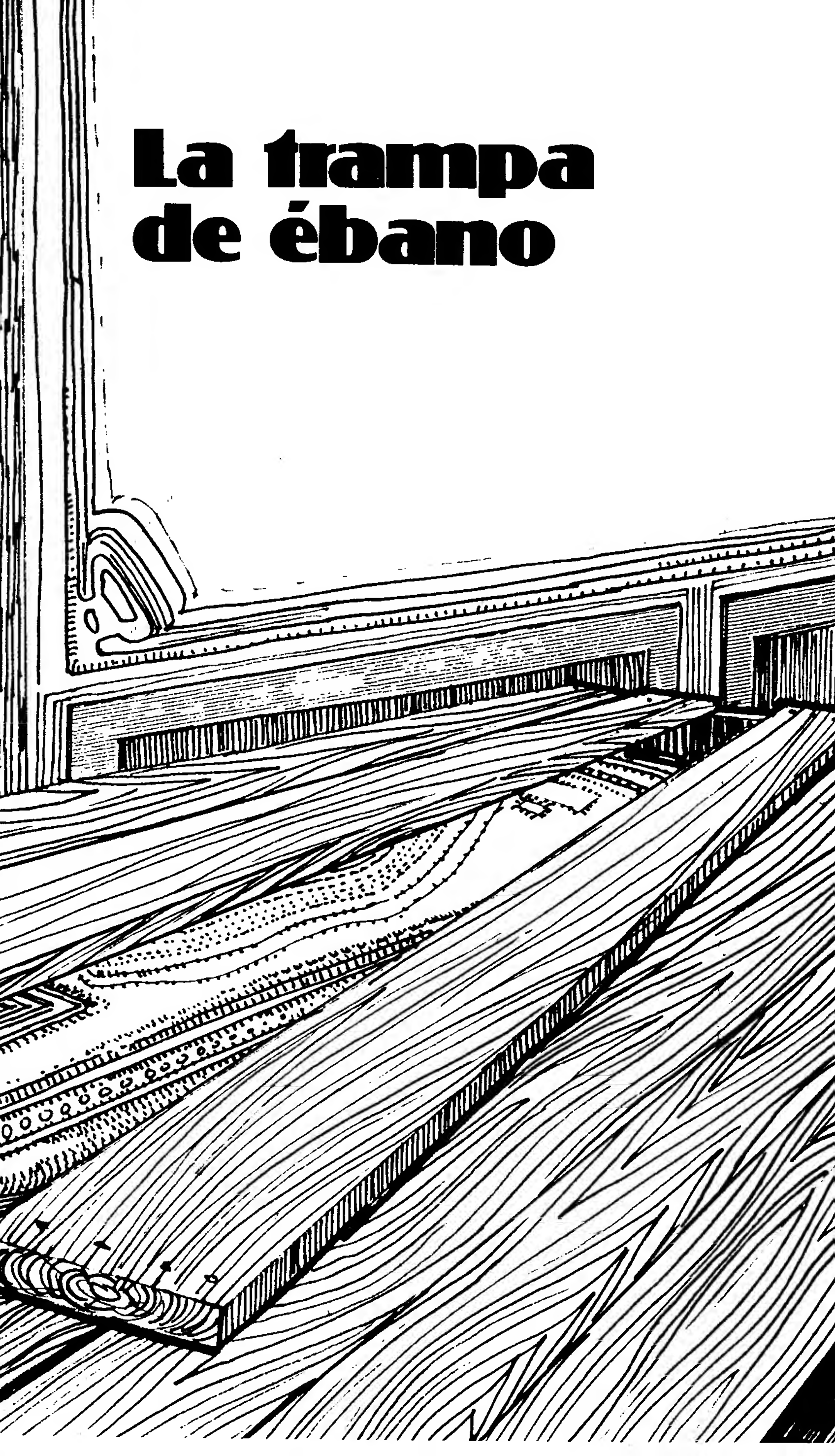
triunfo, como solamente es concebible desde el infierno, al igual que una horrible armonía que sugiera al unísono de las gargantas de los condenados en sus torturas y los demonios que gozaban con el espectáculo de la condenación. Me sentí desfallecer y caí contra la pared opuesta, tambaleándome. Los agentes se detuvieron un momento en los escalones. El terror les había dejado atónitos. Poco después, doce robustos brazos atacaron la pared y de un golpe cayó a tierra. Ante los ojos de los circundantes, rígido, apareció el cadáver de mi mujer, ya muy desfigurado y cubierto de sangre coagulada.

Y... sobre la cabeza, dilatadas las rojas fauces y como si despidiera fuego por su único ojo, estaba posado el horrible animal cuya odiosa astucia me llevó al asesinato, y cuya reveladora voz me entregaba al verdugo. Yo mismo había emparedado en la tumba a aquel ser monstruoso.





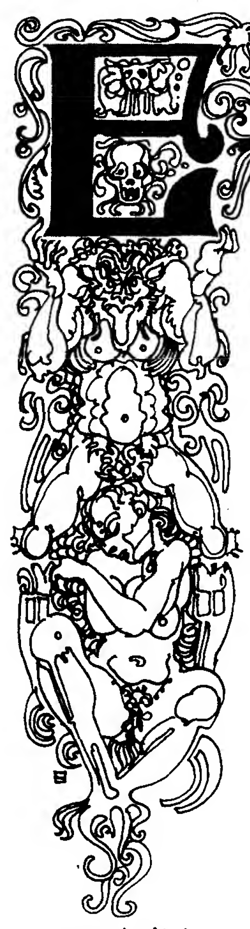
La trampa de ébano



La trampa de ébano

Mathew Fitzgerald

Aquello era demasiado grande y costoso para tratarse de una estúpida broma macabra. Y demasiado elegante y majestuoso para resistir a su morbosa atracción...



EL enorme embalaje ocupaba gran parte del pasillo y apenas dejaba espacio suficiente para circular por él. Moisés no se explicaba lo que podía ocultar aquella cubierta de madera, pero de lo que no cabía duda era de que le estaba dirigido, pues su nombre y dirección aparecían claramente escritos en una etiqueta encolada a las tablas.

—¿Quién ha traído esto, Anselmo? —preguntó al portero mediante el teléfono interior. Pero el conserje no pudo darle otra explicación aparte de que había abierto la puerta del piso para que los transportistas depositaran en el interior el gigantesco bulto.

Independientemente de la etiqueta, nada proporcionaba el menor indicio acerca del remitente de aquel descomunal objeto ni de la agencia que se había encargado de transportarlo. Como era de esperar, el portero se había limitado a firmar un documento que atestiguaba la entrega sin fijarse en ningún otro detalle.

Pensó en esperar unos días para dar tiempo a que se deshiciera la equivocación, pero el rótulo con sus

señas y su nombre no parecía dejar lugar a dudas. La única posibilidad estribaba en que el almacén o tienda expedidor de aquel objeto hubiera sufrido una confusión remitiéndole un encargo dirigido a otra persona y haciendo lo propio con alguna comisión suya.

Repasó uno por uno los establecimientos en los que habitualmente adquiría artículos sin recordar ningún envío pendiente: no era lógico pensar que semejante mole procediera de la tienda de alimentación ni de la farmacia. Los bultos de la lavandería eran de tamaño reducido, y los paquetes de libros que a veces le llegaban por correo no podían compararse con la magnitud de aquel embalaje.

Quizá si separaba parte de las tablas pudiera hacerse una idea de lo que había en el interior, pero la prudencia aconsejaba esperar por lo menos hasta la mañana siguiente, por si se presentaban de nuevo quienes lo habían traído, deshaciéndose en excusas por la equivocación.

De todas formas, en la parte inferior de uno de los lados había una tabla medio suelta, y sin poder resistir a la tentación, procedió a tirar de ella suavemente a fin de practicar un orificio por donde poder atisbar. La madera rechinó lúgubremente al ser violentada su postura, y al cabo de unos instantes quedó sujeto solo por uno de sus extremos mediante dos clavos retorcidos.

Sufrió una decepción al advertir que de nada le había servido su intento, porque, lo que fuera, venía cuidadosamente envuelto en una gran funda de plástico para evitar el roce y no era cuestión de rasgar aquel forro.

Volviendo a colocar la tabla en su sitio, no sin haberse cerciorado mediante unos golpes de que lo que contenía el embalaje era un mueble de madera; procedió a prepararse la cena y se dispuso a leer un rato antes de acostarse.

Unos crujidos procedentes del pasillo le sobresaltaron. Abandonando el libro salió al corredor para

comprobar que la tabla, mediante cuya extracción había intentado contemplar el interior, se había desprendido y yacía sobre el suelo mostrando la agudeza de los clavos que atravesaban sus extremos.

Unos cuantos golpes con el martillo bastaron para situarla de nuevo en su lugar, pero al percutir sobre el embalaje, toda la estructura se bamboleó mostrando que se trataba de una envoltura liviana. Los martillazos retumbaban en el interior del mueble como los pasos en una catedral desierta.

De nuevo dedicado a la lectura, la curiosidad y una especie de larvado malestar le impedían concentrarse adecuadamente en la interpretación del texto, y cuando con un gran esfuerzo de voluntad lo consiguió, un estruendo formidable le hizo saltar en su butaca.

Todo un lado del embalaje de madera se había venido abajo, como si de una tapadera se tratase, y había golpeado secamente contra el suelo produciendo aquel estrépito. Los clavos habían cedido, debido sin duda a las vibraciones originadas por los martillazos anteriores, y el panel se había desmoronado dejando expuesta al exterior la funda de plástico que Moisés fue descorriendo cautelosamente.

Percibió primero una superficie de madera barnizada provista de tres asas de metal dorado. Continuó desvelando el objeto y, al retirar por completo el forro protector, un lujoso y sólido féretro apareció ante su vista.

Su color era oscuro aunque sin llegar a negro, y sus líneas suaves, que se redondeaban en los ángulos, otorgaban al conjunto un aspecto que podría calificarse de elegante y equilibrado a la par que de sobrio.

La impresión que le causó el descubrimiento fue tal, que estuvo a punto de perder el conocimiento. ¿Qué especie de broma macabra era aquella, o qué confusión sin sentido la que había provocado semejante trastrueque? ¿Qué debe hacer o cómo ha de reaccionar aquel que se encuentra con un ataúd en el pasillo de su casa a las doce de la noche?

Como si sus pensamientos hubieran tenido la fuerza de un conjuro, el reloj de pared de la sala dejó escapar doce campanadas que llegaron a los oídos de Moisés distorsionadas y más lúgubres que de ordinario. Después un silencio agobiante se extendió por toda la casa, y los crujidos de la funda de plástico adquirieron acentos extraordinarios, como si se tratara del roce de los queratinosos elitros de algún repugnante insecto.

Entró en el dormitorio y se aproximó al teléfono con decisión, mas al descolgar el auricular no supo a quién llamar. ¿La policía?: Era probable que no le hicieran caso. ¿Los bomberos?: absurdo. ¿Qué es lo que iba a decir? Y, aunque se atreviera a describir la situación, ¿acaso era competencia de algún cuerpo de seguridad solucionar semejante dislate?

Asi, pues, lo más razonable era acostarse y la mañana siguiente traería alguna solución.

Pero si tomar la decisión fue fácil, no lo fue tanto conciliar el sueño. Por más que procuró convencerse de que lo que había en el pasillo era un simple mueble de madera, su imaginación comenzó a trabajar con ritmo febril, presentándole imágenes nada tranquilizadoras que provocaron en él un estado de nervios que dio como resultado un pertinaz insomnio.

De pronto se incorporó en el lecho aterrado. ¿Quién le aseguraba que el ataúd se hallaba vacío?

Este pensamiento, probablemente absurdo y producto únicamente de su estado nervioso, fue tomando no obstante tales proporciones que al cabo de unos minutos, Moisés creyó oír sordos golpes procedentes del interior del ataúd y una especie de crujido continuo, igual que si alguien raspase con sus uñas una superficie de madera.

Fue precisamente esto último, lo que le convenció de que aquello eran imaginaciones suyas: un féretro tan lujoso debía de estar convenientemente guateado de seda, y, aun suponiendo que hubiera alguien en el interior, cosa completamente disparatada, jamás podría producir tales ruidos, sino, si acaso, un suave

crujido como un fru-frú de telas, que fue precisamente lo que se comenzó a escuchar en aquel momento.

¿Y si, de pronto, se abría la tapa y algo horrendo se precipitaba dentro del dormitorio produciéndole la muerte instantánea a causa del susto? ¿Y si acaso se quedaba dormido y no oía el rechinar de la cubierta al ir abriéndose muy poco a poco y un ser nauseabundo y en estado de descomposición se lanzaba sobre él horrorizándole?

Sentándose en el lecho, procuró tranquilizarse y desechar semejantes fantasías, pero llegó a la conclusión de que, para aquietar su ánimo, no había más solución que contemplar el interior del ataúd y convencerse así de que estaba vacío.

Caminó de puntillas pasillo adelante hacia aquella masa oscura, y de pronto se apercibió de que estaba procurando hacer el menor ruido posible, como si temiera despertar a algún durmiente. A fin de recuperar la naturalidad, regresó al salón y conectó la radio, pero pensó que la música quizás ahogara otros sonidos mediante los cuales podría ponerse en situación de alerta, y la desconectó.

¿Habría cerradura?

Descorrió por completo la envoltura de plástico, que cayó al suelo, crujiendo siniestramente, y la totalidad del féretro quedó ante su vista. La fatalidad había querido que el mecanismo de apertura, si lo había, quedara del lado de la pared, y las bisagras en la parte más cercana. Asi, pues, lo único que se podía hacer era tratar de separar el ataúd unos centímetros, los suficientes para conseguir introducir su mano entre la superficie de la caja y el embalaje de madera y tantear en busca de una cerradura o de cualquier mecanismo que permitiera la apertura.

Lo intentó con todas sus fuerzas, pero al cabo de unos minutos sudaba copiosamente y no había logrado mover el féretro ni un centímetro. No en vano disponía de seis asas para que seis personas a la vez lo sostuvieran.

Descansó un momento, y a continuación, tomando uno de los asideros, comenzó a tirar con la intención de arrastrarlo. Bastaría la distancia de un palmo por uno de los extremos para poder introducir la mano y explorar.

Tironeó con violencia, y, finalmente, la caja se movió unos centímetros rechinando sobre las maderas del embalaje que seguramente habían resbalado en el parquet, lo que facilitó la maniobra. Introdujo la mano antes de que el miedo se la atenazara, y notó que del otro lado había un pestillo de factura muy simple que descorrió sin tardanza. Solo era ya cuestión de alzar la tapa.

¿En qué estado y con qué aspecto llegan los cadáveres al cementerio después del traqueteo del recorrido en automóvil o del transporte a hombros? Afortunadamente se ha perdido ya la antigua costumbre de abrir el ataúd unos segundos antes de introducirlo en la fosa, porque, con gran frecuencia, el espectáculo resultaba en verdad lamentable —reflexionaba a su pesar Moisés—. Las más de las veces, la digna postura y el compuesto gesto se había trocado en mueca horripilante, en hilillo de sangre a través de los cárdenos labios, y en completo desorden de los miembros. ¿En alguna ocasión aquellos agitados movimientos habrían sido capaces de despertar al durmiente? Y al considerar esta posibilidad se le pusieron los pelos de punta.

No hubo ningún crujido siniestro, sino más bien un suave deslizarse.

Al abrir la tapa quedó al descubierto el interior del ataúd, y Moisés comprobó tranquilizado que ningún cuerpo ocupaba el mullido lecho.

Si el aspecto exterior era sobrio, bien que elegante, el interior no desmerecía en absoluto. Todo estaba confeccionado con un lujo aterrador y morboso, como si el destinatario de semejantes distinciones pudiera ya gozar con ellas o emitir una queja caso de no encontrar algo de su gusto.

Como Moisés había supuesto, el interior de la tapa

estaba cuidadosamente guateado en seda, y el resto del ataúd lo constituía un a modo de lecho con su colchón de gomaespuma, sus sábanas de fino lienzo y una delicada almohada donde reposar para siempre la cabeza. No había ni un centímetro de madera al exterior, ni un ángulo en el que el definitivo huésped de aquella reducida residencia pudiera lastimarse.

Un denso perfume emanaba del fondo del ataúd, y Moisés creyó oír en su imaginación los acordes de un órgano que inundaba con su suave sonido el ambiente.

Aun sin explicarse la procedencia del féretro, era obvio que abrirlo le había tranquilizado. El terror de los últimos instantes y la inquietud de que había sido presa en las horas precedentes, habían desaparecido para dar paso a una gran placidez, a una calma apaciguadora y, en última instancia, a un sueño que la intranquilidad le había robado y que el sosiego le devolvía ahora. Un sueño tan profundo que poco le faltó para tenderse en el propio ataúd y pernoctar allí mismo, porque —se preguntó—, si acaso se trataba de una broma, ¿no resultarían a su vez embromados sus autores al saber que la presunta víctima se había atrevido a tanto? Pero rechazó al instante la idea pensando que no podría haber nadie tan estúpido como para pretender burlarse de aquel modo tan singular y costoso. Seguramente se trataba de una insólita confusión que se solucionaría al día siguiente.

De todas formas —se dijo en el colmo de la euforia, por haberse atrevido a abrir el ataúd y haber perdido el miedo— nada iba a ocurrir por reposar un momento sobre el mullido lecho, y al fin y al cabo después podría presumir de valentía ante sus compañeros. Y aunque no se lo confesaba, el féretro abierto ante sus ojos constituía un reto que no estaba dispuesto a rechazar una vez que había osado llegar tan lejos y demostrarse a sí mismo que el terror es algo fácilmente vencible.

Dicho y hecho.

Dejó que la tapa se sostuviera sobre unos cordones

que impedían su apertura total y, despojándose de los zapatos para no manchar la sabanilla, se tumbó dentro del ataúd cuan largo era. Manteniéndose inmóvil gozó de aquella extraña sensación de haber vencido su terror y una oleada de satisfacción le invadió por entero al sentirse otro hombre. Poco a poco la risa fue surgiendo dentro de su pecho y ascendió hasta su garganta donde explotó gozosa. Una gran carcajada estalló entre sus labios y se convulsionó todo él burlándose de ridículos temores a la muerte.

De pronto, debido sin duda al traqueteo producido por aquel insensato ataque de hilaridad, el ataúd vibró, y la tapa se mantuvo unos segundos en alto sujeta por los dos cordoncillos dorados. Acto seguido, y antes de que pudiera evitarlo, la tapadera vaciló y, con la fuerza de un tremendo huracán, vino a abatirse sobre él y se cerró con violencia produciendo tan tremendo empellón que el ataúd quedó herméticamente sellado.

Al instante comprendió que los féretros se destinan únicamente a los muertos, y él virtualmente ya lo estaba.

Extendió sus brazos todo lo que la estrechez de la caja le permitía y empujó con ímpetu salvaje, aunque comprendía que cualquier esfuerzo era ya inútil. Se revolvió como una fiera enjaulada y advirtió que estaba a punto de sufrir un ataque al corazón si no se tranquilizaba, no obstante lo cual, emitió un alarido infrahumano que no pudo traspasar la lujosa madera del ataúd.

Su respiración se hizo agitada y consumió en pocos minutos todo el aire que almacenaba el estrecho cubículo. La temperatura subió vertiginosamente y su corazón latía cada vez más deprisa. Sus pulmones se agitaban como fuelles desacompasados y los alaridos que le provocaba el terror repercutían de nuevo en sus oídos ensordeciéndole.

Arrancó con las uñas el guateado de la tapa y notó que el plumón, o lo que constituyera el acolchado, se

extendía por el interior del féretro y se vio forzado a aspirarlo. Una tos convulsiva hizo presa en él y creyó percibir en su boca el gusto de la sangre. Su cabeza golpeaba contra la tapa cada vez que un acceso de tos le acometía y sus manos se dirigieron a su garganta que era un chorro de fuego. Se clavó las uñas en el cuello hasta que, rasguñando salvajemente, dejó al descubierto la tráquea. Acto seguido, y como todavía no se había producido el inminente infarto, se destrozó el pecho con sus dedos que asemejaban garras y vomitó sobre sí mismo. Sus ojos se salieron de las órbitas y se debilitó la presión de sus esfínteres inundándose con sus propios excrementos.

Unos segundos más y experimentó un dolor agudísimo en el pecho. El brazo izquierdo se le quedó paralizado y, a pesar de la oscuridad total, sus ojos contemplaron luminosas estrellas y relampagueantes fogonazos. Su boca se torció definitivamente y, como aquel que ya ha llegado al cementerio después del traqueteante y último paseo, su postura se descompuso estrafalariamente y sus piernas se dislocaron. Su cabeza se retorció de forma inverosímil y sus manos quedaron engarfiadas en su sangrante tráquea.

* * *

Sobre las siete de la mañana un camión de mudanzas se detuvo delante de la casa y unos diligentes empleados comunicaron al portero que el día anterior habían sufrido un lamentable error habiendo hecho entrega de cierto mueble a quien no correspondía. Este les franqueó la entrada del edificio, y al cabo de unos minutos, los hombres procedían a cargar en el camión un objeto perfectamente embalado y, dando las gracias al empleado de la finca, se alejaron calle adelante con ánimo de deshacer el equívoco y entregar en otra parte el encargo.

Después de haberlo convenientemente vaciado, desde luego...



Ofidio



Ofidio

Un original de J. L. C. basado en una idea de H. P. Lovecraft

Si tenéis miedo de las serpientes, si un terror ancestral a los ofidios os domina..., tratad de racionalizarlo. Acudid al diccionario y leed la científica descripción que de los reptiles se hace. Al finalizar la lectura no podréis impedir que un implacable escalofrío se instale en vuestra columna vertebral. Tened presente, entonces, que el miedo que os producen las serpientes es una advertencia de Kaloth, su rey. Por ello no debéis en ningún caso encender su furor.



UIEN haya reflexionado sobre el horror que la generalidad de los seres humanos sienten hacia las serpientes, habrá llegado, sin duda, a conclusiones poco satisfactorias. Ese horror no nace tanto de la peligrosidad mortal de los ofidios (puesto que hay otros muchos animales venenosos sobre la tierra que no inspiran tan horrendos escalofríos) como de esa oscura impresión de seres «esencialmente otros» que provocan. Su fría viscosidad, la sensación maligna que producen sus movimientos ondulantes, la insondable mirada de sus ojos sin párpado, mucho más venenosa que el propio veneno de estos seres, todo ello y quizá la premonición de que solo espíritus abyectos pueden animar a cuerpos tan repulsivos, hacen que baste la mención de su nombre para que un sentimiento de rechazo absoluto nazca de nuestra memoria más antigua. No es extraño, por tanto, que aquellas culturas cuyo contacto con la naturaleza es más directo que la nuestra consideren la muerte por picadura de serpiente como la más terrible de las maldiciones.

Hay, sin embargo, viejas leyendas amazónicas que atribuyen a las serpientes la capacidad de crear un horror todavía más profundo que el de la muerte, una maldición tan abyecta, que la propia idea de la muerte constituye, para sus presuntas víctimas, una liberación. Determinadas serpientes dotadas de poderes oscuros, tal vez procedentes de lóbregos universos, podrían llegar a transformar la naturaleza física de los hombres en algo de abominables y viscosas características, algo cuya visión derrumbaría para siempre la fortaleza de los espíritus más enteros.

Por supuesto, siempre había considerado que mi mente estaba asentada en sólidas bases racionalistas y me negaba, por principio, a creer en este tipo de leyendas. Sigo negándome, incluso después de haber sido testigo de lo que a continuación contaré, pero ya soy menos proclive a negar la existencia de espantosas fuerzas sobrenaturales. O, por decirlo de otro modo, empiezo a creer que las llamadas «leyes de la naturaleza» no son tan claras, concretas y definitivas como convendría a la tranquilidad de nuestro ánimo. Por desgracia, en este mundo que nos ha tocado vivir pueden operar alementos subterráneos, energías malditas que solo rara vez afloran a la superficie de la realidad y cuya existencia todavía permanece ignorada para la mayoría de los seres humanos, gracias a los piadosos oficios de los dioses.

No es este, lamentablemente, mi caso. Yo «sé». He visto, he olfateado, he sostenido su mirada atroz, he advertido los rasgos espantosamente humanos de aquella criatura reptante... Y cada noche, antes de acostarme, lamento carecer de convicciones religiosas. Pues, si así fuera, recaería con todo el ardor de mi corazón para no volver a verla en mis frecuentes pesadillas.

* * *

Soy etnólogo. Me apasiona el estudio de aquellos pueblos americanos que todavía conservan ciertos rasgos de las culturas precolombinas. Almaceno en

mi memoria y en mis archivos las leyendas de estos indios con la unción de un devoto. Gracias a esa pasión conozco más sobre Quetzalcoalt, el Dios Serpiente, que cualquier otro investigador contemporáneo. Sé, por tanto, que este dios, generalmente benigno, no siempre tiene manifestaciones positivas. Por el contrario, a veces adopta el nombre de Kaloth y entonces se muestra como un padre terrible, dispensador de los castigos más horrorosos a quien maltrate a cualquiera de sus hijas, las serpientes comunes. Lo que desconocía era que esa leyenda pudiera llegar a plasmarse realmente, quién sabe por medio de qué ominosos mecanismos, hasta materializar su horrenda carga punitiva en las repulsivas características de una criatura viva. Lo desconocía hasta que, siguiendo el rastro ofrecido por ciertos rumores y confidencias, llegué hasta el hospital de R... (me niego a revelar su nombre), situado en uno de los últimos enclaves civilizados, a orillas del Amazonas.

Expuse al doctor Dos Santos, director del hospital, el motivo de mi presencia. La carta de presentación de un influyente personaje de la región me facilitó las cosas. Pocas personas, incluso dentro del hospital, conocían la existencia de «aquello», así que Dos Santos se sorprendió de que, aunque confusas, hubieran llegado noticias hasta mí. Tenía un aspecto ceñudo y preocupado. Era evidente que la existencia de un ser tan inquietante en la institución que dirigía le estaba produciendo un indisimulable estado de ansiedad, incluso de angustia, a juzgar por el tono grave con que me hablaba.

—No sabemos qué hacer con él —me dijo—. Tal vez lo más correcto fuera darle muerte, pero nadie se atreve a tanto. De momento lo tenemos encerrado.

Manifesté mis deseos de verlo de inmediato y, aunque de mala gana, accedió, no sin antes hacerme jurar que, al menos durante un largo tiempo, no diría a nadie una sola palabra del caso.

—Los indígenas —añadió a modo de justificación— son muy supersticiosos. Temo que si lo supie-

ran, el pavor pudiera empujarles a realizar acciones violentas. Es mucho mejor para todos que se guarde el secreto más absoluto.

Le di toda clase de seguridades de que, al menos mientras el monstruo estuviera con vida, mis labios permanecerían sellados como una tumba. Sólo entonces, y haciendo un esfuerzo considerable para vencer ciertas resistencias psicológicas que en aquellos momentos me parecieron excesivas, accedió a acompañarme hasta los sótanos. Se diría que un horror indecible le inducía a permanecer sentado; que levantarse, coger el manojo de llaves y abrirme camino hacia el subterráneo constituía una prueba muy dura para su alterada emotividad. No lo comprendía entonces, y me pareció que tenía que vérmelas, en la persona de Dos Santos, con un individuo proclive al desequilibrio. Ahora, por el contrario, pienso que tal vez hubiera sido mejor para mi propia serenidad no bajar aquellas escaleras, ahorrarme la visión que tuve que soportar y desconocer la ominosa historia que conocí de sus labios, trémulos por su pavor nada fácil de dominar.

Una vez llegados a una apartada sala del sótano, Dos Santos levantó una trampilla del suelo y comenzamos a descender innumerables escaleras, apenas iluminadas por una deficiente instalación eléctrica, alimentada por un rudimentario generador de diesel. Las bombillas daban una luz anaranjada y mortecina, pero agradezco al destino esta circunstancia, pues con mayor luz hubiera visto del todo los alucinantes rasgos de la criatura. Y pese a ello, después de haber visto lo que vi, dudo mucho de mi capacidad de aguante para ciertas cosas.

Comencé a notar un tufo muy extraño, a la vez dulzón y nauseabundo, al final de las escaleras, frente a una puerta metálica, de grosor considerable, que solamente podía abrirse, tras accionar el mecanismo de tres complicadas cerraduras, desde la parte donde estábamos. Dos Santos abrió la puerta, dando claras muestras de la repulsión que tal acción le producía.

Lo que seguía a continuación no era la celda, sino un largo y estrecho pasillo, en cuyo final se veía otra puerta de características idénticas, a no ser porque en su parte superior había un pequeño agujero defendido por gruesos barrotes. A medida que avanzábamos aumentaba el asqueroso olor, y puede advertir que la repulsión del mismo procedía de ciertos matices difíciles de definir, pero cuya sutil viscosidad se adhería a la pituitaria con tal fuerza que prometía una larga permanencia en ella. Era un olor húmedo y, como he dicho antes, viscoso, que sugería a la vez la fuerza de la vida y la de la putrefacción... En cualquier caso, se trataba de algo muy difícil de soportar y que ponía en guardia a las fuerzas primordiales del instinto frente a la fuente de tales emanaciones.

Yo veía que ante mí Dos Santos andaba inseguro. Pese a tratarse de un hombre corpulento y de aspecto imponente, hubiera jurado que las piernas le temblaban. De pronto vaciló, se apoyó en la rezumante pared del pasillo, y acabó volviendo su alterado rostro hacia mí. Entonces dijo:

—Es usted quien tiene deseos de verlo, no yo. Mis deberes como anfitrión terminan aquí. Me niego a dar un solo paso adelante. Pero le dejo el camino libre, si tiene valor para continuarlo. Yo le esperaré aquí. Procure no tardar demasiado.

Confieso que me impresionó su actitud y que, por un momento, vacilé yo también. Pero pudo más mi curiosidad y mi deseo de no quedar ante sus ojos como un cobarde. Así que me armé de valor y continué solo el resto del pasillo.

Recuerdo que mis pasos resonaban en la penumbra silenciosa, pero no sabría decir si el escucharlos me daba ánimos o me acobardaba. Mi vista estaba fija en el agujero de los barrotes, que se acercaba cada vez más. Faltarían unos siete o diez metros para llegar a la segunda puerta cuando escuché un ruido que no procedía de mis pasos y que tuvo la virtud de detenerlos y de acelerar el latido de mi corazón. Escuché una serie de silbidos agudos, largos, siseantes, idénticos a

los de las serpientes de cascabel pero más potentes y, cosa verdaderamente extraordinaria, con unos registros que me recordaron los de la voz humana. Había algo escalofriantemente familiar en aquellos silbidos y a la vez anormalmente extraño, como si un niño tratara de imitar el lenguaje de las serpientes o como si una serpiente se esforzara (si ello fuera posible) en imitar los gemidos de un anciano moribundo. Volví la cabeza, y hubiera vuelto todo el cuerpo, cambiando el sentido de mi marcha, si mi vista no hubiera tropezado con el voluminoso y aterrorizado cuerpo del director del hospital. Si quería salvar mi dignidad, o la imagen que de mí mismo quería darle, no me quedaba otro remedio que continuar.

Desoí, o traté de no prestar atención consciente, a los silbidos procedentes de la celda, a la creciente náusea que me producía el hedor procedente de allí. Y alcancé al fin, oprimiéndome con fuerza las narices, los barrotes del agujero, para llegar hasta el cual tuve que elevarme de puntillas.

Nada más hacerlo resonó un golpe terrible al otro lado de la puerta. Me estremecí, no tanto por lo inesperado de la sacudida como por la evidencia de que el ser semoviente del otro lado era plenamente consciente de mi presencia y que sus sentimientos hacia mí no podían calificarse, en modo alguno, de indiferentes ni amistosos. Lamento haberme cruzado, nada más levantar la cabeza, con la mirada de aquellos ojos oscuros y centelleantes; ojos que, aunque humanos, manifestaban una clase de odio demasiado intenso y a la vez demasiado frío como para pertenecer al espíritu de nuestra especie.

He dicho que sus ojos eran humanos. Y eso era, precisamente, lo que provocaba mayor horror. Porque el resto del cuerpo... ¡Oh, bienhechora penumbra! La parte del cuerpo que pude llegar a entrever ofrecía un aspecto espeluznante... Algo que reptaba con dificultad, arrastrándose con movimientos ondulatorios, que recordaba a una improbable figura humana carente de osamenta... No sé cómo pude resis-

tir aquella visión sin caer al suelo desmayado, ni de dónde logré reunir la suficiente presencia de ánimo para continuar observando. Pero así lo hice, y pude darme cuenta de que su tamaño era algo inferior al de un hombre, que su desnudez era completa y que carecía de vello en toda la superficie de su escamosa piel. Me llamó la atención de modo particular su cabeza plana, la carencia de cuello, la estrechez de sus hombros, casi pegados a las orejas diminutas. Pero aquella cosa semoviente no dejaba de mirarme con un manifiesto sentimiento de helada hostilidad, al tiempo que silbaba y silbaba de esa forma insoportable que antes he descrito. No lamento haberme apartado casi de inmediato de los barrotes, aunque ello redunde en menoscabo de una descripción más minuciosa del monstruo. Había visto más que suficiente. Aparté la cara horrorizado, y ya no me importó en absoluto lo que Dos Santos pudiera pensar acerca de mi escasa capacidad de aguante, ya que corrí a su encuentro temblando, y ambos nos apresuramos a escapar del lóbrego subterráneo, del hedor nauseabundo (que sin embargo iba a impregnar mi piel y mis ropas durante varias horas) y de los amenazadores silbidos con que el repulsivo prisionero nos despedía.

Una vez en su despacho, el director, para calmarme, me ofreció un cigarrillo. Mis nervios estaban alterados. Di varias bocanadas, pero el humo me sabía al aliento fétido que se respiraba en la zahurda. Lo arrojé, bebí un vaso de agua y me apoltroné lo mejor que pude en el sillón que Dos Santos me ofrecía. Con bastante dificultad logré relajarme un tanto. Pude escuchar entonces de sus labios la historia que transcribo a continuación, mientras el fugaz crepúsculo del trópico daba paso a la noche.

Pedro Guirao y su esposa, Gloria Cabral —comenzó el doctor Dos Santos su narración— eran una de tantas parejas empujadas por la miseria hasta la selva amazónica cuando, para aliviar la crisis econó-

mica, el gobierno dio facilidades a todos los que quisieran establecerse como colonos rescatando tierras cultivables a golpes de machete. Al principio, Pedro se había resistido a tomar esta decisión, pese a las intolerables condiciones de vida que imperaban en los suburbios de Sao Paulo, donde con grandes esfuerzos lograban apenas sobrevivir, por el miedo cerval que desde siempre le habían inspirado las serpientes. Al parecer, una vieja mulata medio bruja le había vaticinado, cuando era niño, que moriría a causa de ellas. Pero la resolución de Gloria fue más fuerte que el pánico de su compañero, y acabó convenciéndole.

Levantaron una pequeña casa de madera en los terrenos asignados por el gobierno, a unos cuatro kilómetros del poblado, y comenzaron una vida de labradores y granjeros que, aunque dura, a causa de las agobiantes condiciones climatológicas, les permitía comer todos los días. A Gloria le parecía, con mucho, preferible a la que hasta entonces habían llevado en la ciudad. Disponían, al menos, de una casa, y no de una miserable chabola de hoja de lata y cartón. Pedro, sin embargo, tenía sus dudas. El miedo a las serpientes se le había transformado en una auténtica obsesión. Debía enfrentarse diariamente a los horrores de la selva, y sus encuentros con serpientes, aunque fueran a distancia, eran, desgraciadamente, mucho más frecuentes de lo que su carácter histórico podía tolerar. Cuando tenía lugar uno de estos encuentros regresaba a casa despavorido y, tras cerrar a conciencia puertas y ventanas, se metía en la cama temblando y se negaba a salir de ella hasta que la necesidad le obligaba a hacerlo.

Tal estado de cosas no podía continuar durante mucho tiempo. Por fortuna, en una de sus incursiones a la selva logró establecer contacto con los Zelotes, una tribu que, pese a sus relaciones con los blancos, seguía manteniendo en buena parte sus ritos, tradiciones y costumbres. Se trataba de un puñado de indios, amistosos y pacíficos, que le acogieron cordialmente en su poblado. Huatemoc, el viejo hechi-

cero, advirtió la sombría inestabilidad de su carácter y adivinó la causa. «Ten cuidado con Kaloth, el Dios Serpiente —le dijo—. El miedo que te dan todas las serpientes es una advertencia suya. Debes respetarlo y no encender nunca su furor. Pero yo haré una magia para ti. Cerraré tu círculo, y las serpientes no volverán a molestarte en mucho tiempo.»

Por supuesto, estos datos los conocía el doctor Dos Santos por referencias de terceras personas, y no estaba en condiciones de asegurar que fueran enteramente ciertos. Al parecer, el hechicero indicó a Pedro Guirao que permaneciera de pie, en el centro del poblado, y acto seguido convocó a toda la tribu. Los indios se sentaron a su alrededor, formando un amplio círculo, y comenzaron a entonar una serie de misteriosas salmodias, al tiempo que Huatemoc daba vueltas en torno suyo, en el sentido contrario al de las agujas del reloj, mientras sujetaba por la cabeza, con la mano izquierda, una serpiente de cascabel viva. Al completar la doceava vuelta depositó al ofidio a los pies de Pedro, a quien un miedo absoluto, en aquellos momentos, estaba a punto de hacerle perder la razón. Obedeció, sin embargo, a Huatemoc y pudo soportar, gracias a los ánimos que éste le infundía, toda la prueba sin mover un músculo. La serpiente, tras varios minutos de inmovilidad, levantó la cabeza. Pedro bajó la suya. Un sudor frío le nublaba los ojos. Su naturaleza le incitaba a escapar con la celeridad de un resorte. Pero hacerlo significaba la muerte, ya que el animal estaba sin duda tan aterrorizado como él y no dudaría en saltar y morderle al menor movimiento. Se prolongó la indecible angustia varios minutos más, al tiempo que la tribu entera repetía cierta oscura frase con machacona insistencia y Huatemoc permanecía fijo ante él, mirándole sin pestañear y con los brazos cruzados. Finalmente, el reptil pasó rozando lentamente sus pies desnudos. La sangre se le heló, pero aquella viscosa caricia tuvo un fin. Entonces el círculo de los nativos se deshizo, y de esta forma pudo la serpiente huir hacia la selva.

«Ahora —dijo Huatemoc—, la serpiente le dirá a Kaloth que le respetas, y él cuidará de que ninguna de sus hijas se acerque a ti.»

Después de aquel incidente con los indios Pedro perdió en parte su miedo a las serpientes y pudo adaptarse mejor a su nueva vida. Pero Gloria no sabía nada de lo ocurrido. Una tarde vio, debajo de un árbol cercano a su casa, un nido de serpientes de cascabel. Tres pequeñas crías, repulsivamente blancas, estaban enroscadas entre sí, esperando la llegada de su madre. Al verlas tan cercanas a la casa, Gloria recordó los terrores de su marido. Quiso evitar que esos terrores se reprodujeran, ahora que al fin parecían marchar mejor las cosas, y a tal fin cogió una piedra de gran tamaño y las fue matando una a una, aplastándolas con su peso. Las crías de serpiente, aún con vida, se retorcían sanguinolentas, con los intestinos despedazados, y un brillo maligno asomó a los ojos de la mujer. Aquellos animales inmundos, pensó, no llegarían a molestar jamás a Pedro.

Completaba Gloria su labor destructora, aplastando a los pequeños seres con el pie, sin percatarse de que era observada por Pedro, que en aquellos momentos regresaba del trabajo diario. Al darse cuenta de su presencia tapó apresuradamente la carroña con un poco de tierra y se dirigió a su encuentro. Pero Pedro había visto todo lo que hizo. Se acercó al nido, contempló los cadáveres retorcidos y no reaccionó, en contra de lo que Gloria esperaba, con una de sus habituales crisis histéricas. Esta vez la contemplación de las serpientes muertas le inspiró otros sentimientos más profundos, pero no menos terroríficos. Una densa sombra entenebreció su rostro.

—¡Desgraciada! —dijo—. ¡Mataste a sus hijas. Ahora Kaloth no tendrá piedad de nosotros... Ya no hay esperanza para ti ni para mí.

Gloria trató de justificar su acción, recordándole que era la obsesión serpentina de Pedro la que le había empujado a obrar así. Pero Pedro se sumió en un hondo mutismo y nada le repuso. Regresaron ambos

a su casa con las primeras sombras de la noche. En vano trató Gloria de hacer hablar a su marido, de suplicarle que olvidara lo sucedido, de hacerle ver que la cosa no tenía importancia alguna.

—Todavía no has comprendido —habló al fin Pedro— que estamos condenados. Kaloth vendrá y te convertirá en serpiente. A mí me matará...

Permaneció Pedro sentado en una silla, mirando a las estrellas a través de la ventana. Gloria se sentó a su lado intentando consolarle, pero acabó contagiada de su mutismo. De vez en cuando lloraba en silencio, compadeciéndose de la locura de su marido. La luna llena apareció sobre los árboles y Pedro pensó en el gran ojo helado de Kaloth, sediento de venganza, a quien nada pasaba desapercibido.

—Así me contaron lo sucedido —apostilló el doctor Dos Santos—. Quizá las cosas ocurrieran de otra manera. Pero estoy en condiciones de asegurar, a juzgar por todos los indicios, que lo esencial de la historia es verídico. Después de aquella noche hubo testigos que llegaron a recoger algunas frases terribles de Gloria, cuando aún no había perdido por completo la capacidad de pensar.

Rogué al doctor que continuara su relato. Parecía resistirse a hacerlo. El sudor perlaba su frente. Se mostraba inquieto, y yo mismo lo estaba, hasta el punto de que el más nimio ruido del exterior me sobresaltaba y me hacía pensar de inmediato en el lúgubre habitante de los subterráneos. Sin embargo, Dos Santos continuó:

A Gloria acabó rindiéndola el cansancio y se metió en la cama. Tardó mucho en conciliar el sueño, atormentada por los remordimientos y por el lamentable estado en que había dejado a su marido, sentado junto a la ventana y con la expresión del horror más espantoso grabada en el rostro. Se durmió al fin, pero su sueño duró poco, ya que al cabo de unos minutos fue despertada por un ruido siseante y continuo. Pensó que era el viento, tal vez, y volvió a dormir. Creyó percibir, entre sueños, algo pesado y sofocante

sobre su cuerpo. Luego, el siseo aumentó hasta hacerse intolerable y recuperó de golpe la conciencia. La habitación estaba muy difusamente iluminada por los rayos indirectos de la luna, pero había la luz suficiente para que llegara a ver multitud de seres reptando por el suelo, subiendo incluso por las patas de la cama hasta rozar las plantas de sus pies. ¡La casa estaba invadida de serpientes de cascabel! Viscosas, retorcidas, frías, silbando sin cesar, reflejando en sus ojos malignos la mortecina claridad lunar. El espanto se acumuló en su garganta, y de ella brotó un alarido incontenible. Y entonces, recortándose a contraluz en la difusa claridad de la ventana, vio una extraña sombra ondulante que se acercaba hasta su cama... ¡Kaloth, el horrendo dios de las serpientes, venía a satisfacer en ella su afán de venganza! Este pensamiento cruzó por su mente, a la vista de la sigilosa sombra, pero el miedo se transformó en un furor desesperado. Recordó que el hacha estaba cerca de la cama, al alcance de su mano izquierda, y pudo alcanzarla antes de que la sombra llegara a rozarla. Blandió el hacha y la descargó repetidas veces sobre la sombra.

—¡Kaloth, maldito! —gritó—. ¡No quise matarlas! ¡Lo hice para que no asustaran a mi marido! ¡Pero no permitiré que me toques! ¡No lo permitiré!

Poseída por una furia demente comenzó a lanzar carcajadas, a correr por la habitación, completamente fuera de sí, pisoteando y aplastando algunas de aquellas masas viscosas que habían entrado en la casa. Ninguna de las serpientes llegó a atacarla...

—¿Quiere usted decir —interrumpí al doctor— que Gloria logró sobrevivir?

—Conservó la vida, sí. Pero no sé si la palabra «sobrevivir» es en este caso la correcta. Al día siguiente...

Yo estaba tan desasosegado que, en contra de mi costumbre, volví a interrumpir:

—¿Y qué le ocurrió a Pedro Guirao? ¿Cómo podría explicarse lo sucedido?

—Cabe una explicación, aunque me temo que es más terrible que los mismos hechos. Pedro, o mejor dicho, lo que quedaba de Pedro, también fue encontrado a la mañana siguiente...

Unos compañeros de trabajo acudieron muy temprano a casa de Pedro Guirao para que, como de costumbre, les acompañara. Quedaron intrigados, ante la puerta, por la presencia de un olor nauseabundo, penetrante... Cuando la atravesaron se les hizo evidente la magnitud de aquel horror. El cadáver de Pedro, descuartizado, fue hallado a los pies de la cama. A su lado se encontraba el hacha, llena de sangre. Por el suelo aparecían los cuerpos de varias serpientes de cascabel aplastadas. Y también estaba, reptando, silbando, con los ojos en blanco, lo que en otro tiempo había sido Gloria Cabral.

—¿Lo que «había sido» Gloria Cabral?

—Sí... Cuando llegaron aquellos trabajadores todavía conservaba un asomo de lucidez. Luego la perdió por completo. Como perdió el cabello hasta desaparecerle del todo. El proceso de su transformación fue lento, degradante, repulsivo... Su piel fue cubriéndose de extrañas manchas negras, y al morir...

Ebrio de horror como estaba, no dudé en interrumpirle de nuevo:

—¿Quiere decir que murió? Entonces, «eso» que está ahí abajo, encerrado en el sótano...

El doctor Dos Santos, con la garganta seca, hizo un último esfuerzo:

—«Eso» que está ahí abajo es lo que parió Gloria Cabral nueve meses después. Nacieron otras dos criaturas que usted se ha librado del horror de verlas. Eran mucho más repugnantes, pero no lograron sobrevivir.

Escuché entonces, con toda nitidez, un profundo silbido. No logré descubrir su procedencia. Me consuelo pensando que tal vez fuera el viento. O quizá, simplemente, un desenfrenado producto de mi imaginación.



DIABOLICA ADVERTENCIA

LA OPERACION

EL SARCOFAGO DE PLATA

UN PACTO TENEBROSO

EL BEBE SIN NOMBRE

EL GATO NEGRO

LA TRAMPA DE EBANO

OFIDIO